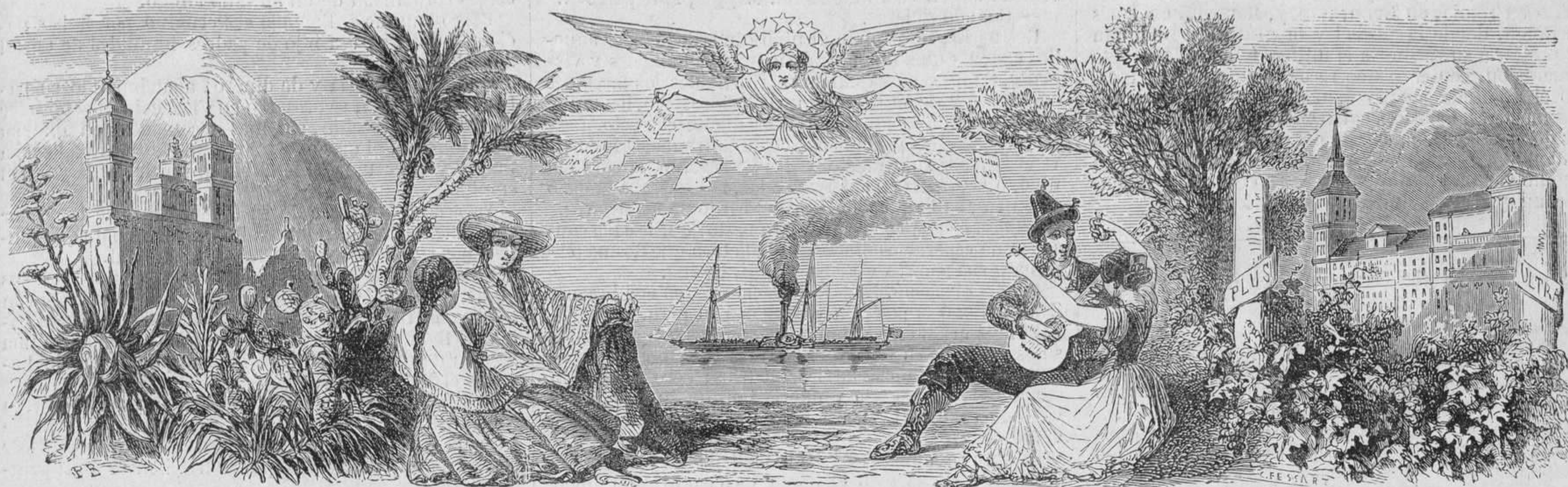


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 468.

Administración general, passage Saulnier núm. 4, en París.

SUMARIO.

El P. Lacordaire; grabado. — Un episodio de la infancia de Rafael. — Un buen negocio. — El colorín, el grajo y el asno. — Los enviados de la confederación del Sur capturados a bordo del Trent; grabado. — La noche de San Silvestre; grabado. — Revista de París. — Judiada contra el miriñaque. — La pierna de palo. — Antigüedades americanas; grabados. — Una leyenda danesa. — Vocabulario político; grabados. — Aguja de navegar doncellas. — Amonseñor Miccisiao. — Boletín científico. — La Navidad; grabado.

El P. Lacordaire.

En nuestro número 466 (véase la *Revista de París*) hemos anunciado á nuestros lectores el fallecimiento del P. Lacordaire, acompañando esta triste noticia con algunos apuntes biográficos sobre el eminente predicador cuya pérdida es deplorada en el día por la Francia entera. Hoy publicamos su retrato fotografiado en su lecho de muerte, con una interesante correspondencia fechada en Soreze á 4° de diciembre de 1861. Hé aquí su contenido :

«No es posible pintar el cuadro que durante algunos días ha estado ofreciendo este modesto pueblo, compuesto de un cortísimo vecindario. — Desde que se difundió la triste nueva de la muerte del R. P. Lacordaire, ha sido una verdadera romería la que ha acudido á contemplar los restos helados del ilustre dominico. — Quien besaba sus manos y sus piés, quien solicitaba una reliquia, pues en concepto de la inmensa concurrencia ha muerto un santo antes que un sabio y un orador insigne. El juéves 28 de noviembre fué un día solemne y que sobrepujó á los anteriores. Mas de diez y ocho mil almas estuvieron presentes á las exequias. Presidía el duelo el arzobispo de Tolosa, y pronunció el panegirico el obispo de Carcasona, antiguo y muy querido discípulo del P. Lacordaire.

Su comitiva recorrió todo el pueblo acompañando el féretro. Los alumnos en número de trescientos, iban detrás, con el cuerpo de profesores y los religiosos de la órden. Cada niño llevaba en el brazo un lazo de crespon negro. Trescientos capellanes, á cuya cabeza marchaba el digno cura de Soreze con sus vicarios, acrecentaban la imponente majestad del acto. La iglesia parroquial estaba adornada con los colores de la órden de Santo

su epitafio, en el que aparece compendiada su vida toda. Hélo aquí :

*Viventi sepulcrum,
Morienti hospitium
Utrique beneficium.*

Al vivo le deparó Dios un sepulcro, la lucha, las amarguras, las trabacuentas. —

Al muerto un retiro; y en ambas condiciones un beneficio, una bendición.

Refiérense algunos conceptos suyos durante los últimos días de su vida, que creo serán leídos con interés, pues prueban mas y mas la grandeza de su alma y la ardiente fe de que estaba animado.

Contestando al virtuoso monge que es ahora director del colegio, el R. P. Mourey, sobre los que se empeñan en desquilar el Evangelio, le dijo : «Si fuese posible que comenzara á vivir otra vez, viviria como he vivido; y aunque me arrebatasen todas las esperanzas de la fe, mi razon me infundiria completa seguridad en este instante supremo.»

En otra ocasion dijo : «He amado muchísimo á la juventud, y espero que Dios no lo haya tomado á mal.» ; Coincidencia admirable ! Quien así se expresaba tuvo el consuelo de ver constantemente á su lecho de dolor á muchos jóvenes que oraban y comulgaban á intencion suya; lo que ha hecho que un notable escritor haya dicho que era esto una atencion maternal de la Providencia hácia un hijo predilecto.

Entre otros jóvenes piadosos habia muchos el día de los funerales que pertenecieron á la extinguida sociedad de San Vicente de Paul, y todas recordaban al inmortal Ozanam cuya vida escribió el P. Lacordaire, y que como es sabido fué uno de los modestos fundadores de tan benéfica asociacion cristiana que

acaba de recibir un rudo golpe del poder.

Entre la muchedumbre que acompañaba el féretro veíanse hombres de todas las condiciones, que habian acudido de puntos distantes; y no era el finado ni un dignatario de la Iglesia en su gerarquía gubernativa. — Era un simple monge; pero este monge, objeto de tanto acatamiento y veneracion, se llamaba *Lacordaire*, el



EL R. P. LACORDAIRE EN SU LECHO DE MUERTE.

Domingo, y la misa de *Requiem* fué cantada por los colegiales.

El panegirico pronunciado por el obispo de Carcasona ha sido brillante, digno bajo todos conceptos de quien lo motivaba. La emocion de los asistentes era profunda.

Días antes de su muerte escribió el reverendo padre

predicador inmortal que ocupará un privilegiado lugar en la memoria de la presente generación, en cuyo destino moral ha ejercido poderosa y eficaz influencia su autorizada palabra. Así se comprende el sentido homenaje que le están rindiendo en las principales ciudades de su patria y del extranjero, pues no es solo en Soreze, sino en Tolosa, en Lyon, Nancy, Marsella, en París y en Roma, donde la piedad y la gratitud se adunan para prestar á su memoria el último tributo de respeto y veneración, con el mismo recogimiento que ha mostrado el humilde pueblo donde descansan ahora sus restos mortales. Estos duermen el sueño de las esperanzas bajo el altar de la capilla del colegio, en el propio sitio donde acostumbraba á orar y meditar, donde su elocuente voz dispensó muchas veces el cariño y el consejo á un querido y simpático auditorio.»

Un episodio de la infancia de Rafael.

(1484.)

En la ciudad de Urbino, residencia de los espléndidos duques de este nombre, había una calle llamada *de las Flores*, que conducía al campo por la parte del Norte.

En el extremo de dicha calle estaba situada una casita de modesta apariencia, pero que revelaba desde luego mucho aseo y buena distribución.

Penetrando en su interior se confirmaba esta idea al ver la limpieza que reinaba en las habitaciones y en los muebles.

Cuatro personas lo habitaban: un matrimonio todavía joven, una muchacha como de 15 años y un niño de 20 meses.

A espaldas de la casa había una especie de galería de la misma extensión que la fachada: esta galería tenía grandes ventanas que daban á un bonito jardín.

Las paredes estaban adornadas de cuadros, y en sus cuatro ángulos había pedestales redondos de estilo griego, sobre los que se veían jarrones, bustos y otras piezas de mármol y estuco.

Cerca de una ventana estaba un trípode de madera, y sobre la meseta una figura desnuda á medio modelar. Junto á otra ventana con luz al Norte, había un caballete descansando sobre el fondo de la pared que estaba cubierta de un paño de color oscuro.

Había además sobre las mesas y taburetes, esparcidos sin orden libros, instrumentos de matemáticas, armas y otros objetos que demostraban ser aquella galería el taller de un pintor.

Era el mes de mayo y la hora las cinco de la tarde. El pintor acababa de sentarse en el banquillo delante de su caballete con el carbon en la mano en ademán de trazar sobre un lienzo.

Su linda y joven esposa en el lado izquierdo del caballete, sentada en un cojín de damasco rosa, hacía una labor de mano, teniendo junto á sí una cuna donde dormía apaciblemente el mas hermoso niño que vieron los mortales.

La muchacha que parecía pertenecer á la familia por el buen estado de su traje y algunos rasgos de semejanza, entraba y salía en la estancia, reía, cantaba, besaba muy suavemente al niño, regaba las flores del jardín y se perdía en el interior de la casa, oyéndose la repetir á distintas distancias una especie de *ritornello* que parecía mas bien improvisado por la cantora, que compuesto por algun músico.

— Maggia, dijo el pintor á su joven esposa, debemos esperar á que el niño despierte?

— Como tú quieras.

— El mayordomo de su Eccellenza está impaciente por recibir su madonna. Ya son tres las obras que hay en palacio pintadas por mi mano; pero no han salido de los cuartos de los sirvientes del duque. ¡Oh! Si yo lograra colgar siquiera un cuadro en la cámara de S. E! Pero no soy mas que un pobre pintor, Maggia, añadió tristemente; no se pintan mas que vírgenes y ángeles; y eso porque tú y nuestro querido *bambino* me inspiras. Si yo supiera hacer siquiera la mitad de lo que nuestro compadre el Perugino ó ese otro joven florentino llamado Vinci, que tanto celebra la gente...

— Zanti, tus cuadros son mas hermosos que ningunos: las obras de los demás pintores me parecen ó duras ó frias; solo en las tuyas hallo calor, armonía, dulzura.

La sonrisa de la felicidad brilló en el semblante de Zanti; inclinó la cabeza hácia Maggia; sus labios se encontraron en el camino y se unieron en un íntimo y dulcísimo beso.

— Gracias, Maggia; tienes razon; mis cuadros deben ser muy buenos porque están en ellos estampadas tus facciones. Y es una fortuna, porque el vulgo ignorante cree aplaudir mis pinturas cuando en realidad te aplauden á tí.

En este momento el niño soñaba alguna cosa deliciosa, porque se sonrió como un ángel. Los padres sorprendieron aquella sonrisa, y Maggia rodeando el cuello de su esposo con su brazo desnudo y torneado puso su cara junto á la suya y le dijo á media voz:

— Míralo, Zanti.

— Sí, sí, contestó él conteniendo el aliento.

Rosina entró atropelladamente levantando la voz al repetir por centésima vez su *ritornello*. El niño se estremeció en la cuna y la sonrisa se cambió en un gestillo de susto.

— ¡Rosina! ¿qué has hecho? gritó Zanti á punto de incomodarse.

Rosina se encogió de hombros, y así que supo la causa de aquella exclamación cogió entre sus brazos al niño, que ya estaba despierto, y empezó á chillarlo como una loca.

— Vamos, vamos, dijo Zanti, no hay valor para incomodarse con esta muchacha. Maggia, si te parece...

— Cuando quieras.

Rosina iba mostrando al niño con el dedo todos aquellos cuadros que no figuraban mas que ángeles y vírgenes, en los cuales estaban representadas las facciones de Maggia y de su hijo con un colorido fresco, brillante, aunque el dibujo no fuese enteramente correcto. Después corrió Rosina al jardín, cogía flores olorosas de vivos colores y suave tacto y las acercaba á la cara del niño, ó las ponía en sus manecitas, le mostraba el cielo y le llamaba la atención hacia el canto de los pájaros.

Maggia estaba colocada en su puesto: Zanti se iba cansando de esperar, sentado al caballete, á que Rosina terminara sus locuras y gritó. «Aquí, Rosina.»

Rosina obedeció, Maggia tomó al niño en sus brazos; Zanti arregló la posición y comenzó su obra.

El feliz artista sabía tan de memoria las facciones de su esposa y de su hijo, que bien podía pintar las madonnas sin la presencia de los modelos; pero estaba tan enamorado de Maggia y quería tanto á su hijo que se valía de este motivo para tenerlos continuamente á la vista.

La obra se comenzó y terminó felizmente y el mayordomo de S. E. la hizo el honor de colocarla en lugar preferente en el testero de su sala. Hizo mas aun: la ponderó tanto al señor duque, que por un acto de condescendencia se dignó pasar á verla.

— Es un *cattivo pittore* este Zanti; dijo desdeñosamente S. E. después de haberla visto. Pero es fresca esa vírgen, por Dios santo: fresca como una rosa del Arno.

— Son las facciones de Maggia, señor, la mujer de Zanti.

— ¡Hola! ¿ese bribonzuelo tiene una mujer tan hermosa?

— Y ese *bambino* es su hijo.

— Bellísimo tambien.

— Pero son pobres y honrados, señor.

— Te entiendo, Gio Battista. Será necesario protegerlos. ¿Qué podré hacer de ellos?... Indícame...

— Mandadle hacer alguna obra, señor.

— ¡Imposible! El palacio de los duques de Urbino no se afeará con esos mamarrachos.

El mayordomo se enrojeció de vergüenza: las últimas palabras de su amo le parecían un insulto hecho á su inteligencia; porque él creía de un mérito superior las obras de Zanti.

— Indícame otro medio y consúltame: le dijo el duque al marcharse.

Ya sabemos cuál era la ocupación de Zanti. Así pasaban los días, los meses y los años. Cuando no trabajaba jugaba con su niño, cultivaba con Maggia las flores del jardín ó tocaba la flauta, de la que sacaba unos sonidos tan dulces y melancólicos como gemidos de una tórtola, y con los que el pequeño Rafael se dormía deliciosamente.

Las personas ricas y los inteligentes no compraban los cuadros de Zanti; pero los pobres, la multitud ignorante y sencilla que siempre mira los cuadros con los ojos de la fe, se los arrebataban de las manos. De este modo, aunque la miseria pasaba por las puertas de Zanti, nunca penetraba en ellas.

Rafael crecía entre tanto.

Ya no podía servir de modelo á su padre para sus bellísimos ángeles.

Tuvo entonces que pintar arcángeles, representarlos con grandes alas y con su magnífica cabellera tendida por la espalda. Este fué un nuevo género de gozes y de recurso para el artista; porque el pueblo que antes compraba Vírgenes con su niño, ahora compraba á San Miguel, San Rafael, San Gabriel y el Ángel Custodio.

Maggia que ya no servía de modelo á su esposo, comenzó á servir para el hijo; porque Rafael desde que empezó á manejar los pinceles se dedicó á copiar el bellísimo semblante de Maggia, que desde pequeño miraba en el modelo vivo y en todos los cuadros que vestían las paredes y que revistaba diariamente en los brazos de Rosina.

¿Qué extraño es que Rafael haya merecido con el tiempo el título de *Divino*, de *Querubín de la pintura*, cuando desde que nació vivió rodeado de semblantes bellos y apacibles, de flores y aromas, del canto de las aves, del amor y la religión?

La naturaleza le había formado tambien para un destino especial. Su tallo era esbelto, su cabeza ideal, poética. El cabello blondo y sedoso; la frente serena, los ojos rasgados, grandes, algo adormidos, melancólicos y de una dulzura inefable; la nariz ligeramente curva; la boca infantil y con una leve expresión de sufrimiento; largo el cuello, caída la espalda como el contorno de una mujer; elástica la cintura; muelle la posición de las piernas que eran delgadas así como su cuerpo; pero de una perfección artística intachable.

Casi siempre vestía de velludo y parecía un lindo paje de la época.

Su carácter guardaba una perfecta armonía con su figura. Era virtuoso, apacible y devoto como Maggia y Zanti. Le gustaba ser espléndido con los niños de su edad, y adquiría sobre ellos un ascendiente tan espontáneo y natural que le valió el título de *el príncipe*.

Retrataba fácilmente á todo el mundo y daba graciosamente los retratos, agradeciendo mucho recibieran sus *bambocci* como él los llamaba.

Tal era Rafael de Urbino á la edad de doce años.

Una mañana se notó mucho movimiento en casa de Zanti. Rosina entraba y salía frecuentemente con su cesta de compra en el brazo y acompañada de un muchacho cargado tambien de comestibles.

Era que tenían un huésped que había sido recibido con la cordialidad de un antiguo amigo.

Pedro Vannucci, llamado el Perugino por haber nacido en Perugia, era hijo de padres humildes de Castel della Pieve.

Sediento de gloria y de dinero, abandonando su patria y su familia, se presentó en Florencia en el obrador de Andrés Varocchio, sin mas recomendación que su atrevimiento, ni mas equipaje que el vestido que llevaba puesto y el báculo que le había de servir de apoyo en el camino.

Varocchio prendado de su desembarazo le tomó por discípulo, y dejó á su favor algunas horas para que pintase por su cuenta y reuniese algun capital.

Hizo lo demás el tiempo. Florencia se honró con sus obras, y Sixto IV le llamó á Roma donde trabajó con honra del arte y provecho del artista. El amor de la patria le llamó nuevamente á Florencia, donde abrió una escuela de dibujo y pintura bajo la protección de Lorenzo el Magnífico.

El ilustre huésped de Zanti era, como ya se indicó, su compadre y padrino de Rafael. Nada le había escrito de su viaje porque quería sorprenderle, llegó al amanecer con su séquito de criados que podría honrar á un príncipe.

Vannucci abrazó cordialmente á los felices esposos y á su ahijado, sorprendiéndose de su singular belleza, vió y celebró los primeros ensayos de su pincel, y poniendo ambas manos sobre los hombros de Rafael le dijo estas palabras que fueron una verdadera profecía:

— Anda, querido *bambino*, que tú levantarás el arte hasta los cielos y serás el príncipe de los artistas.

Rafael, que era naturalmente pálido, se enrojeció como una doncella al escuchar esta alabanza en los labios de un hombre como Perugino: y un rayo del genio que comenzaba á desenvolverse en su germen en aquella joven cabeza, brilló en sus ojos como un relámpago.

Zanti obsequió á su huésped con una comida suntuosa atendida su pobre fortuna, pero mezquina comparada con las que acostumbraban tener en aquella época los grandes artistas, comidas tan espléndidas y extrañas que hoy no las daría ningun scberano de Europa.

Vannucci y el mayordomo del duque que había sido convidado, ocupaban el testero de la mesa, teniendo á su lado á Zanti y Maggia: el resto lo ocupaba la servidumbre de Vannucci, á quien la graciosa Rosina y Rafael hacían los honores.

Faltaba allí la bellísima esposa de Perugino que no había acompañado á su marido, porque este no se atrevía á dejar sus tesoros sin una persona interesada que velase por ellos; pero se brindó á su salud repetidas veces, y á la de Bramante pariente de Zanti, que en la actualidad se hallaba en Roma dirigiendo la obra de San Pedro.

— Quierollevarme á tu hijo, dijo Vannucci á su compadre. Maggia palideció. Tengo gusto en encargarme de su suerte. ¿Estás conforme, muchacho? continuó dirigiéndose á Rafael, el que consultando con los ojos á Zanti y á Maggia, bajó la vista esperando una resolución que hacía palpar su corazón de temor y de esperanza.

— Responde, Rafael, dijo Zanti.

Rafael miró entonces solamente á su madre.

Los ojos de Maggia estaban llenos de lágrimas.

Tan identificadas estaban las almas de la madre y del hijo, que no podían separarse sin un grande esfuerzo, sin una profunda sensación.

Rafael contestó:

— Lo que dispongan mis padres.

— Parte, dijo Zanti sin atreverse á mirar á Maggia.

Tres días estuvo Perugino en casa de sus compadres. Maggia y Rosina prepararon el equipaje de Rafael. El duque de Urbino que supo todo lo acaecido, hizo poner en la escarcela del joven pintor una suma de dinero (1).

La despedida fué tierna como debía esperarse de una familia tan estrechamente unida. Rafael se despidió de sus amigos, de Rosina, de su padre; mas al llegar á su madre, sus ojos que hasta entonces habían permanecido enjutos, derramaron abundantes lágrimas que se confundieron con las de Maggia.

Partieron al fin, y Rafael dirigió la última mirada á los campos y al cielo de su país, únicos que había visto en el mundo.

Al trasponer los últimos términos se divisaba en lontananza una casita, en cuyo terrado ondeaba de vez en cuando un pañuelo blanco.

Fácil es comprender que eran los últimos signos demostrativos del amor de una madre.

¡Un buen negocio!

En las grandes capitales de nuestra sociedad, esencialmente mercantil y especuladora, están en *alta* las frases bursátiles, y corren de boca en boca como el *non plus ultra* de la expresión y de la exactitud.

No dejareis con mucha frecuencia vuestros *domésticos lares*, si no tropezáis tal cual vez con algun *quidam* que acercándose con misterio y gesticulando desafortadamente os espere al oído la favorita frase:

(1) Rafael no olvidó nunca esta acción y legó á la posteridad en la Escuela de Atenas, el retrato de Francisco María de la Rovere, duque de Urbino.

¡Un buen negocio!

Y el prójimo tonto á quien se dirige el ataque (no son Vds. ni yo) en vez de contestarle:

— Buen provecho; hágase Vd. rico con él: que no se divulgue el secreto, suele decir imprudentemente: ¡hombre!... ¿cuál? veamos... explíquese Vd., ó cosa por el estilo.

Y cádate á Periquito hecho fraile, y á nuestro hombre embrollado, entre una nube de guarismos y de sumas y restas imaginarias, sin que tanto y tan concienzudo cálculo tenga otro objeto que resolver el problema, sobre su bolsillo, por el único sistema de la *sustracción*.

Direis que los buenos negocios deben forzosamente escasear, donde hay tantas manos abiertas, tantos ojos siempre en vela y tantas inteligencias aguzadas, para *desplumar á todo bi ho* que se presente, ó para explorar cualquier idea, aunque sea bajo la antifilantropica forma de la *explotacion del hombre por el hombre*.

Direis tambien que si los buenos negocios estuviesen así como quien dice á *puntapiés*, Madrid seria Jauja, y los *coronados* habitantes de la Coronada Villa Rostchilids en miniatura.

Pero, lectores míos, contais sin la huésped, y esa huésped es la abnegacion del prójimo.

¡Hay inteligencias que se dedican á pensar por sus semejantes y á presentarles á la boca la miel, ó sean las relucientes onzas á tiro de mirada!

De modo que si se desperdician algunos de sus pensamientos ingeniosos, atrevidos y sobre todo *matemáticos*, la falta no recae de ninguna manera sobre los inventores ó socios industriales, sino sobre el escaso número de capitalistas *socios* ó sociables, que quieran anteponer su adjetivo al sustantivo.

Por desgracia tambien la abundancia de tales socios industriales no está en completa relacion con la de buenos negocios, hasta un punto tal que los supradichos ¡buenos negocios! puedan reducirse á muy pocas clases ya conocidas de todos.

Ejemplos al canto:

Compra de papeles mojados (es decir, créditos contra las repúblicas americanas ó contra deudores sin ver-güenza.)

Compra de papeles viejos (créditos contra el Estado destinados á dormir el profundo sueño del olvido).

Acciones de minas (cuya riqueza es tan inagotable que no tiene fondo ni fondos).

Préstamos sobre fincas que á despecho de la policia urbana se vienen abajo apenas se verifica el préstamo.

Operaciones sobre granos (donde el viento ó el diablo se suele llevar el grano y dejar la paja).

Y otras muchas de este calibre, cuyas ganancias saltan á la vista *dejándole á uno ciego*.

Lo que sucede con los negocios, sucede igualmente con los negociantes considerados como tipo. A pesar de su abundancia numérica, tiene un pelaje general que le hace dejarse ver de lejos.

Ved si no sus señas daguerreotípicas.

Traje un tanto si es no es raído.

Cara chupada, como beata en día de ayuno.

Barba negra sucia, que da cierto aire de ferocidad á la fisonomía.

Ojos listos, penetrantes, incansables, que atraviesan la parte lateral del *chaleco*, como si fueran puñales aguzados.

Hambre moral (la cual no excluye la física), y consiste en la avidez de hacer carrera, aunque sea la de nuestras plazas fuertes de Africa.

Y por último, lenguaje seductor *aritmético*, facilidad en pronunciar diez mil palabras por minuto y un bolsillo mugriento bien repleto de papeles *idem*...

Los hombres del buen negocio hacen el suyo generalmente en la Puerta del Sol.

Ese hervidero social de la española córte, verdadero mosaico de aficiones y fortunas, es el mejor sitio para nuestro hombre.

Allí donde se reúnen las cabezas mas calculadoras de Madrid; allí donde todos tienen obligacion de pasar por *truchas* hay algunos *tencas*, que á trueque de hacer su papel se dejan vaciar el bolsillo á discrecion.

Y es de ver el aire conquistador con que dicen luego en el café á sus amigos:

— He concluido un buen negocio: ¡cien acciones de la *Indescifrable* á un descuento de 78 sobre el nominal! ¡Una completa ganga! Yo soy así; cuando veo la ocasion no la desperdicio fácilmente.

Y al cabo de cuatro ó cinco días el pobre hombre recibe por medio de los mismos amigos la noticia de la quiebra de la sociedad, y despues de perder mil reales en la famosa especulacion, tiene que convidar al café á sus burlones compañeros con los treinta reales que ha sacado de sus acciones! porque segun le dicen sonriendo, ¡no lo ha perdido todo... y peor es morir... y rueda la bola!

Generalmente las víctimas de los buenos negocios no suelen ser grandes capitalistas, ni menos pensarlo.

Las fabulosas ganancias son el cebo de los poco *cebadados* por la fortuna: esta trata con mucho cariño á los que mucho tienen.

Pero como la ambicion es una de las pasiones mas imperiosas, muchos caen en el *garlito* y los hombres de los buenos negocios comen á dos carrillos.

Hace pocos dias decia uno de ellos acaloradamente á cierto bobalicon don Tadeo que yo conozco:

— Estamos en el momento preciso de hacer nuestra fortuna: ¡un negocio magno! Se quieren solamente mil reales... ¡una bicoca! para terminar una explotacion admirable: carbon de piedra, hulla pura, lignito, coque, depósitos inmensos, trabajos incansables, manantial de

ferro-carriles... en fin, don Tadeo, Vd. ya sabe lo que es una mina de carbon.

Y con voz muy baja añadió:

— Se hipotecan al pago las pertenencias de la sociedad que ocupan trece leguas.

Mi hombre abre desmesuradamente los ojos.

— Y además se da una vigésima parte de las ganancias hasta el reembolso: quinientos reales mensuales, don Tadeo, porque la mina produce hoy seis mil duros al año.

El buen sentido de don Tadeo luchó algunos momentos con aquel torrente de promesas; pero al fin quedó ofuscado por la ambicion y... pagó!

¿Preguntaréisme ahora que cómo existen en nuestra sociedad esos tipos de boberia?

Esos son misterios muy hondos, queridos míos, que no debemos penetrar so pena de incurrir en lo de la paja en el ojo ajeno, etc., etc.

Contentémonos con rogar á Dios que no nos deje caer en la tentacion, ni en la Puerta del Sol, y pidámosle en cambio una serie de buenos negocios como los siguientes:

Una casa sin goteras y sin inquilinos que paguen mal.

Una academia sin vejees y con académicos que bien se quieran.

Un abogado y un médico que rueguen á Dios por la paz y la salud del género humano.

Y sobre todo, una niña de quince á veinte, de buen palmito, corazon de ángel, gran dote y grandes dotes, sin madre, parientes, ni perrito que la ladre, y que me quiera á mí como á todas os quiere, lectoras hermosísimas

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

El colorin, el grajo y el asno.

FABULA.

De rama en rama saltando

Un colorin repetia

Sus trinos al nuevo día

Con su canto saludando.

Y sobre un ciprés oscuro

De un grajo el triste graznido,

Desigual y desabrido,

Resonaba adusto y duro.

Un asno que bonancible

Pasaba por aquel prado,

Oyó el concierto acordado

A su oido inteligible.

«Mal haya tu canto, amen,

Dijo airado, y tus chillidos,

Colorin; y tus silbidos

Que oyen todos con desden.

El grajo no me hace daño,

Siguió diciendo, y es cosa

Que su voz grata y melosa

No tiene nada de uraño.»

Y al resonar la armonía,

Sacudia las orejas,

Y con su elogio y sus quejas

Su camino proseguia.

¡Cuántos dan la preferencia

A los graznidos de un necio,

Y contemplan con desprecio

La perfeccion y la ciencia!

J. M. DE ARRAMBIDE.

Los enviados de la confederacion del Sur

CAPTURADOS Á BORDO DEL *Trent* POR EL BUQUE AMERICANO EL *San Jacinto*.

A bordo de un buque inglés, con pabellon real inglés, mandado por un oficial de la marina real inglesa y desoyendo las protestas del agente del almirantazgo inglés, cuatro pasajeros han sido arrebatados á viva fuerza y presos por un buque de guerra americano. Hé aquí los hechos tal como se refieren en una carta escrita con fecha del 9 á bordo del *Trent* por un testigo presencial de lo ocurrido.

El 7, dice, salimos de la Habana, y el 8 á cosa de las dos de la tarde nos encontramos con un buque de guerra de los Estados Unidos, el *San Jacinto*. Este buque izó su pabellon, disparó un cañonazo, y cuando estábamos á tiro de pistola nos disparó otro. El *Trent* izó á su vez su pabellon y una lancha se destacó del buque americano trayendo un oficial, que declaró al capitán del *Trent* y al agente del almirantazgo inglés que su comandante sabia que á bordo del *Trent* iban como pasajeros los señores Slidell, Mason, Eustis y Mac Farlane, de los cuales iba á apoderarse muertos ó vivos.

El capitán y el agente protestaron enérgicamente, diciendo que solo se darian á la fuerza. El oficial volvió al *San Jacinto*, y torró inmediatamente acompañado de dos barcas cargadas de soldados armados que pasaron al *Trent*, apoyando con sus fusiles, sus espadas y sus revolvers la intimacion de entregar los viajeros. Estos

se presentaron y unieron sus protestas á las del capitán y el agente. La señora y las hijas de Slidell, y la señora de Eustis, protestaron con sus lágrimas. El oficial americano permaneció impassible, hasta que dijo á sus gentes: hay que llevarlos muertos ó vivos.

Entonces los señores Slidell, Mason, Eustis y Mac Farlane bajaron á las barcas entre las bayonetas de sus antiguos compatriotas y fueron conducidos al *San Jacinto*. El oficial americano que quedaba en el *Trent*, mientras se trasbordaban los equipajes de los presos, intimó al capitán inglés que pasase á bordo del *San Jacinto*. El capitán se negó á ello. El oficial trasmitió esta negativa á su jefe, quien despues de amenazar al capitán con que le trasbordaria á la fuerza, desistió de su pretension. Las señoras de Slidell y Eustis continuaron su viaje á Europa.

No se podria pintar la conmocion que la noticia de este insulto hecho al pabellon inglés ha causado en Inglaterra. Al punto se reunió el consejo de oficiales de la corona, quien decidió que la captura de los enviados del Sur que viajaban al amparo de la bandera inglesa era un atentado directo contra el honor de la Gran Bretaña. El gobierno de la reina Victoria ha pedido por lo tanto reparacion del insulto, y que se ponga inmediatamente en libertad á los prisioneros con resarcimiento de daños y de perjuicios. La prensa de Lóndres está unánime en condenar el hecho, y excita al gobierno hasta á emprender la guerra si no se dan todas las satisfacciones que el agravio requiere.

Por su parte el gabinete de Washington parece se cree facultado para ejercer en toda su extension el derecho de visita.

Se asegura que en una conferencia que lord Lyons ha tenido con el secretario de Estado de Negocios extranjeros en Washington antes de entregarle la nota relativa al asunto del *Trent*, el ministro americano declaró al representante de la Gran Bretaña que el gobierno del presidente Lincoln consideraba que el gabinete inglés, admitiendo al Sur como beligerante, habia prejuzgado la cuestion y cometido respecto de él un acto grave. En Washington se hubiera querido que los Estados del Sur fueran considerados en Europa como Estados insurgentes, y no como beligerantes.

El *Times* de Nueva-York y algunos otros periódicos de los Estados de la América del Norte sostienen una tesis bastante singular, y dicen que el arresto de los separatistas á bordo del *Trent* es un homenaje tributado á la Inglaterra, una deferencia á la política que esta potencia ha sostenido siempre con tanta energía, casi una muestra de cortesía á la que debería estar reconocida.

El *Heraldo* de Nueva-York publica un despacho de Washington que asegura que M. Lincoln habia declarado que MM. Mason y Slidell no serán devueltos á Inglaterra aun cuando se siguiera de esto una guerra. Los consejeros juriconsultos del gobierno federal justifican el proceder del *San Jacinto*, y hasta dicen que habria sido legal y procedente la confiscacion del *Trent*.

El *Times* de Lóndres dice que el gabinete de Washington parece creer que podrá decidir á la Francia á unirse á él en una guerra con la Gran Bretaña.

Pero, añade el *Times*, si M. Sward imagina que las conquistas del Norte deben indemnizar á la Union americana de sus pérdidas en el Sur, y que en su lucha contra la Confederacion del Sur y la Inglaterra, tendrán los Estados Unidos á la Francia por aliada, quedará muy pronto disipada esa ilusion por la actitud de la prensa francesa, que se ha declarado igualmente contra los Estados Unidos en el reto que hace al mundo civilizado.

La contestacion oficial del gobierno federal á las reclamaciones de la Inglaterra no ha llegado aun á Europa, y hasta que esta contestacion sea conocida, no es posible establecer mas que hipótesis sobre el giro que tomará esta grave cuestion que acaba de surgir entre la Inglaterra y los Estados Unidos.

Entre tanto varios periódicos ingleses, al hablar del conflicto americano, dicen que el *San Jacinto* obró sin órdenes, y podria sin inconveniente ser desaprobada su conducta por el presidente Lincoln.

La *Patrie* cree saber de una manera positiva, y dice que el gobierno británico lo sabe igualmente, que el *San Jacinto*, el *James Adger*, la *Susquehanna*, el *Tempet* y la *Savannah* recibieron del gabinete de Washington instrucciones idénticas, que les prescribían visitar todo buque sospechoso de conducir á su bordo á los enviados del Sur, y apoderarse de estos dos personajes y de sus despachos.

Todos saben en Washington que el secretario de Estado de Negocios extranjeros del Norte habia acusado varias veces al gabinete de Lóndres de mantener inteligencias con el gobierno del Sur, y que para conocer el estado de las negociaciones secretas que pretendia existir entre Inglaterra y el presidente Davis habia hecho acordar la captura de MM. Slidell y Mason, medida por medio de la cual esperaba apoderarse de despachos importantes que tenia el mayor interés en poseer.

Los cinco cruceros nombrados tomaron posicion en la ruta que debian seguir los dos comisarios desde el punto de partida hasta el de arribo.

El *San Jacinto*, que estaba fondeado en la Habana procedente de la costa de Africa, recibió sus instrucciones del cónsul norte-americano en aquella ciudad, y á consecuencia de una conferencia con este agente, que le dió á conocer la voluntad de su gobierno, partió á dar caza al *Trent*, cuya nacionalidad conocia perfectamente.

El comandante del *San Jacinto* olvidó cuidarse de los despachos, que era lo que en Washington se deseaba ante todo obtener, por apoderarse de los emisarios.

La noche de San Silvestre!

POR GAVARNI.

...Vera incessu patuit Dea.

¡Ved cuán hermosa, serena y engalanada!... Las mas esplendentes noches del polo surcadas con los rayos de una luz armoniosa tienen incomparablemente menos suavidad, menos brillo, menos atractivos. Hasta el mas bello día se muestra tambien menos risueño. Joven, ¿de dónde vienes? ¿á dónde vas? Al verte así tan viva, tan ágil y graciosa, se diria que eres una hermana de Ariel. Pero no; eres un genio benévolo. ¿Has

Dios; la infancia débil necesita juguetes para ocupar el tiempo que gasta en crecer. Llegas con mucha oportunidad en el momento en que todas las madres se ingenian para sorprender agradablemente á sus niños cuando mañana se despierten. Los pobres tienen hijos tambien, pero estos se hallan desheredados de las alegrías de su edad. Deja, deja caer sobre su triste y frío lecho los envidiables tesoros que esparcen sobre la tierra. ¡Apresúrate, se acerca el día, y tantas madres tienden hácia tí sus manos suplicantes! ¡Oh Noche! ¿no puedes al menos retardar la marcha del tiempo y prolongar así algunos instantes las encantadoras ilusiones



nacido quizá de los abrazos de Oberon y de Titania? — ¿Por qué has huido de las retamas y los brezos?

¿Quién te envía? ¿Qué nos quieres? ¿Eres la Sabiduría, ó la Locura? Sin esa careta y ese ramillete profanos serias la Caridad materna. Sin los inocentes objetos que llevas en los pliegues de tu flotante vestidura, serias la diosa pagana que guia en el cielo el coro danzante de las estrellas, y en la tierra á los bailarines jadeantes y frenéticos.

Sí, te reconozco en tus facciones ¡oh, morena aventurera! eres la hija del Tiempo y de las Tinieblas, eres la Noche. Tú abres las puertas de oro por donde los sueños de color ¡de rosa bajan del cielo sobre los niños que duermen.

¡Oh Noche! nunca te he visto mas radiante y risueña. ¿A quién diriges tu sonrisa? ¿á los ángeles de Dios, ó á los niños de los hombres? ¿A

quién destinas esos juguetes? Los ángeles para consumir su luminosa eternidad tienen las puras delicias de

sobre ese océano limitado por la eternidad y perenne como ella

de los que te ven en sus sueños?

¿Quién sabe lo' que será para ellos el día de mañana?

Los días no se parecen; ¡hoy desmiente tan á menudo las promesas de ayer!

Pero no: el tiempo, de quien eres hija, te llama y te arrastra; hé aquí la luz de la aurora, ¡adios!

Y esa noche tan llena de prestigios se acaba; pero como Ofelia, arroja su ramillete á la corriente que la lleva.

¡Oh! amigos míos; el año ha muerto, pero el año revive: al concluir 1861, 1862 comienza, porque el tiempo es una dinastía sin interregno.

No digamos pues, que el tiempo pasa; nosotros somos los que pasamos sobre ese océano limitado por la eternidad y perenne como ella

Revista de Paris.

La corte imperial ha regresado de Compiègne en la última semana, y cuando se creía que su llegada a Paris sería la señal de las fiestas del invierno, hé aquí que la noticia del fallecimiento del príncipe Alberto, ocurrido casi de repente, ha venido á contrariar todos los proyectos de diversiones en el mundo oficial, la corte llevará luto veinte y un días, y por consiguiente hasta mediados de enero no se tratará de bailes y conciertos en palacio. Mal principia esta temporada. Otros años por esta época no se habla en Paris mas que de reuniones, y en el actual apenas se citan algunas casas donde se recibe. Una de las que están mas á la moda, quizá la única citada en las crónicas de los salones, es la de la princesa de Solms, donde se reúnen muchas notabilidades políticas, artísticas y literarias. M. Viennet, de la Academia francesa, ha prometido leer en este salon su tragedia en cinco actos titulada *Alejandro*, obra que si no ha merecido aun los honores de la representación, no por eso deja de tener fama en ciertos círculos. Supónese que el emperador que ha oído hablar mucho de esta producción del estimable académico, le dijo á este en los días que pasó de convidado en Compiègne:

— M. Viennet, ¿no conoceré yo jamás á *Alejandro*?

— Vuestra Majestad conoce demasiado bien á César para no conocer á *Alejandro*.

No se ha necesitado mas para que se haya puesto á la moda la tragedia en cuestion, y para que todo el mundo desee oír sus versos.

A decir verdad, la producción de M. Viennet tiene una historia que la ha dado fama hace tiempo, entre las personas que se hallan al corriente de sus pormenores.

M. Viennet la compuso en su juventud y la leyó al comité del Teatro Francés en el año 1813, en el momento en que se disponía á pasar á Alemania para reunirse con el ejército imperial en calidad de oficial de artillería.

El comité aprobó la tragedia, aunque exigiendo del autor una corrección importante. Los cómicos ordinarios de Su Majestad pedían que sus cinco actos se redujeran á tres; pero el autor se negó, y recogiendo su manuscrito le colocó debajo de su casaca de uniforme y se fué al ejército.

En breve se halló en el foco de la guerra, entre Mersebourg y el Eester, y tuvo el acierto de llegar la víspera de la batalla de Lutzen, en la que tomó parte y corrió grandes peligros.

En medio de la refriega recibió una bala que atravesó su uniforme y se aplastó como por milagro sobre el manuscrito que llevaba debajo.

M. Viennet agradecido á la casualidad á que debía la vida, exclamó alegremente:

— Si hubiese escrito mi tragedia en tres actos, á estas horas no lo contaría.

Y entonces se propuso no corregir su obra, lo que ha cumplido religiosamente.

En el día el comité del Teatro Francés exige como los antiguos cómicos la reducción en tres actos; pero M. Viennet continúa firme en su propósito, y entre tanto la tragedia se va haciendo célebre y no se representa.

Los pianistas así como los fabricantes de pianos han andado estos últimos días muy compungidos á consecuencia de una noticia que el doctor Veron, director del *Constitucional*, que pasa por recibir inspiraciones de elevado origen, ha estampado últimamente en sus columnas. Cuando la entrada en el ministerio de M. Fould, la prensa habló de nuevos impuestos que debían establecerse para cubrir el déficit que el nuevo ministro señalaba al emperador, y el *Constitucional* indicó que se trataba de imponer una contribución sobre los pianos; de aquí la alarma de los fabricantes y de los artistas. Sin embargo, no tardó en disiparse la inquietud; una carta publicada en un diario de provincia refiere sobre el particular la siguiente anécdota.

El mismo día del nombramiento del señor Fould, el doctor Veron pasó á felicitar al nuevo ministro, y en la conversación le dirigió estas palabras, con el tono de supremacía que todos reconocen en este antiguo periodista:

— Para hacer frente á las dificultades de la situación tendreis que acudir á un nuevo impuesto, no os queda otro recurso. ¿Qué nueva contribución pensais establecer por ahora?

El ministro, deseando atajar á su intrépido interlocutor, respondió diciendo: — ¡Piano! ¡Piano!

Y el doctor, poco acostumbrado á la fraseología musical, en vez de tomar la respuesta como un consejo para que fuera mas cauto en sus preguntas, creyó haber oído una comunicación confidencial que debía darse al público. En efecto, M. Veron se fué inmediatamente á su despacho y redactó la famosa noticia que puso en consternación á los interesados, y sirvió despues de motivo de risa á todo el mundo.

Nada mas peligroso para un jóven que la súbita transición de la vida de familia, apacible y serena, en el fondo de una ciudad de provincia, al bullicio incesante de Paris. Todos los días se repiten estos tristes ejemplos en que tantos sucumben solos y sin amparo á las mil tentaciones que ofrece á la juventud la vida parisiense. Hé aquí la historia de un jóven que habiendo entrado en el goce de la fortuna paterna, ha estado á punto de aumentar la lista de las víctimas.

Ernesto de R... acababa de tomar posesion de su fortuna por la muerte de sus padres, y vino á Paris lleno de ilusiones. Sin embargo, no conocia á nadie en la capital, pero una vez que apareció en el boulevard como un aspirante á la elegancia, encontró media docena de amigos íntimos deseosos de ayudarle á despachar lo mas pronto posible su riqueza.

Durante algun tiempo Ernesto llevó una vida toda de placeres; siempre se mostraba acompañado de sus amigos que ni un instante le perdian de vista, temerosos de que tan buena presa se escapara antes de tiempo.

Lo que les infundia mas recelos eran las mujeres, y á fin de

neutralizar esta perniciosa influencia, imaginaron una intriga diabólica. Habiéndole persuadido de que estaba enfermo, le llevaron á consultar á un facultativo, hombre muy respetable aparentemente, quien le tomó el pulso, le auscultó, le hizo varias preguntas, y dictó despues esta terrible sentencia:

— Está Vd. muy expuesto á enfermar del pecho, y por consiguiente debe Vd. tener mucho cuidado con toda clase de excesos, sobre todo en punto á mujeres.

El jóven se puso pálido.

— ¿Habla Vd. de veras, doctor?

— Sí, señor, no creo equivocarme; puede Vd. viajar y distraerse con comedimiento; hay placeres de que puede usted disfrutar, mas le repito que todo exceso podria acarrear las mas fatales consecuencias.

— ¿Pero el amor me está prohibido? ¿Nunca podré casarme?

— Nunca, á menos que no quiera Vd. labrar su desgracia y la de su esposa.

Ernesto suspiró profundamente.

— No se desconsuele Vd., ya le he dicho á Vd. que con moderación hay goces que le están permitidos; la amistad no le faltará á Vd., pues segun veo, tiene Vd. compañeros que le quieren; ellos le aconsejarán á Vd., y estoy seguro de que sin traspasar mis instrucciones le harán á Vd. llevar una alegre vida.

Ernesto no se convenció fácilmente de que debía renunciar al amor; su corazon se sublevaba contra semejante exigencia, pero por mas que suplicó é instó, su juez se mantuvo inflexible y no tuvo mas remedio que resignarse á obedecerle.

Pero ¿quién es dueño absoluto de sus sentimientos? ¿quién puede refrenar tan decididamente sus pasiones como lo debía hacer el pobre Ernesto?

Dos meses despues de la rigurosa prohibición de los facultativos, el jóven se enamoraba de una encantadora criatura que resumia á sus ojos todas las perfecciones imaginables. Su posición de fortuna no era brillante, pero ¿qué le importaba á él? ¿no podia darla la riqueza que la faltaba en cambio de su mano?

Ernesto ocultó su pasión á sus amigos, y se decidió á casarse con la jóven si sus padres consentían en este enlace.

— La daré toda mi fortuna, se decía, y cuando yo haya muerto ella será rica, y se podrá volver á casar á su gusto; no hay duda que debiéndomelo todo bendecirá mi memoria.

El jóven se presentó é hizo su demanda; pero en su lealtad no quiso ocultar á los padres de la jóven cuál era el estado de su salud, y cómo habiendo consultado á un médico, este le habia prohibido terminantemente que pensara en contraer matrimonio, si no queria poner término á su existencia en un breve plazo.

— Es preciso que yo vea á ese médico, dijo el padre de la jóven, que como su hija habia simpatizado con el pretendiente.

— Nada mas fácil, mañana vendré á buscar á Vd., y juntos iremos á su casa.

La visita fué innecesaria. Ernesto debió dar parte á sus amigos de su resolución, y estos alarmados huyeron de su presencia dejándole á él solo adivinar el móvil de su conducta. No existía tal médico. El personaje que habia pasado por tal era un desconocido pagado por ellos para dar aquella terrible consulta que habria podido tener tan desastrosas resultas para el jóven. Pero este se dió por contento con lo sucedido, pues á un tiempo recobraba la certeza de su perfecto estado de salud, se libertaba de aquellos falsos amigos que habian tramado su ruina, y recibía el consentimiento paternal para el enlace en cuya realizacion fundaba la felicidad de toda su vida.

Paris está plagado de estas turbas de aventureros dedicados á la explotación de la credulidad pública, y que provienen por lo comun de las clases inferiores de la Bohemia. La Bohemia parisiense, cuyo estudio y pintoresca y exacta descripción ha inmortalizado el nombre de Murger, es una sociedad vastísima á la que pertenecen todos los que viven de expedientes, todos los que hacen sin recursos el duro aprendizaje de la vida artística y literaria, todos aquellos en fin, que sin casa ni hogar consideran como una conquista las cosas mas indispensables y mas apremiantes de la existencia. Este pais está señalado en el gran mapa de la vida humana como un territorio limitado por la necesidad al Sur y al Norte, al Este y al Oeste, bajo todas las latitudes de la esperanza. En el hermoso reino de Bohemia no se almuerza jamás, y raro es el día que se come. Se vive aquí y acullá, nunca en la casa propia. Se aborrece al «bourgeois» y se ignoran completamente las nociones mas elementales del tuyo y el mio. El «bohémio» está acerbillado siempre de acreedores, pero debe poseer el arte particular de tenerlos siempre contentos. Nadie mejor que él sabe deslumbrar al sastré con cuentos fantásticos de herencias, de billetes de banco, de riquezas á la Monte-Cristo. Se viste admirablemente, á la última moda, pero á menudo tiene que llevar á empeñar lo mas escogido de sus galas.

Como hemos dicho, hay diferentes clases en el pais de Bohemia. Los aventureros, los caballeros de industria figuran en la última categoría, así como las artes y las letras componen la primera. Es muy raro hallar en Paris un escritor, ó un artista de fama, que en su juventud no haya pertenecido á la Bohemia. Los hay que persisten en continuar en ella, porque esto es cuestion de carácter y temperamento, pero por lo comun el primer triunfo literario ó artístico envuelve la dimisión del bohémio.

Balzac ha sido uno de esos bohémios persistentes.

Nadie mejor que él pagaba sus deudas, cuando se encontraba en estado de hacerlo, pero nadie tampoco tenia deudas mas singulares.

Un amigo suyo le encuentra un día en Ville d'Avray, su residencia de predilección, y quiere llevarle á almorzar al restaurant de la Grille.

— Imposible, responde Balzac.

— ¿Y porqué?

— Porque estoy muy reñido con el establecimiento.

— ¿Con qué motivo?

— Debo allí mas de ochocientos francos de chuletas.

Alejandro Dumas tiene rasgos tambien que le hacen honor entre los bohémios. Entre mil elegimos el siguiente:

Un zapatero se descuelga una mañana en el famoso palacio de Monte-Cristo, reclamando el pago de una cuentecita que se eleva á trescientos francos.

— No tengo dinero hoy, responde Alejandro Dumas.

— Con decir no tengo dinero cree Vd. haberlo dicho todo, pero entre tanto yo pierdo mi tiempo corriendo inútilmente.

— Eso es verdad, replica Dumas, y así para resarcir á usted de ese perjuicio, tome Vd. diez francos que por supuesto no entran en la cuenta.

El zapatero se retira con satisfacción y vuelve al cabo de tres días. Dumas le entrega otros diez francos para indemnizarle del tiempo que ha perdido.

Las visitas se repiten muy á menudo, y cada vez el acreedor recibe diez francos, de modo que al cabo de dos meses Alejandro Dumas habia pagado sus trescientos francos, — y aun los debía.

Tal es la Bohemia, la alta Bohemia, indiferente á las tristezas de la vida, desarreglada é indolente, pero buena y honrada en el fondo, y que no debe confundirse jamás con aquella de donde salen los aventureros de mala índole.

MARIANO URRABIETA.

Judiada contra el miriñaque.

Hoy que el miriñaque, al modo de lo que en no lejanos tiempos aconteció al cólera, se ha extendido por el mundo entero; hoy que constituye, como si dijéramos, una calamidad universal; hoy en fin que no se concibe que haya mujer sin miriñaque ni miriñaque sin su correspondiente mujer, ya presente ó ya futura, no nos parece fuera de propósito el consignar aquí, tomándolo de otros periódicos, un hecho gravísimo á que recientemente ha dado lugar su uso en Galitzia, provincia de la antigua Polonia.

Fué el caso que las damas judías de allí (porque el miriñaque profesa la libertad de cultos) dieron en usarlos tan exagerados, que los rabinos los prohibieron en las sinagogas, que fué lo mismo que prohibir las mujeres.

No sabemos si esto se hizo por simple medida de policía, ó bien si fué un anatema religioso el que contra ellos y ellas se lanzó. Pudo ser lo primero si se atiende á que acaso en unas sinagogas hechas solo para cuerpos humanos del volumen comun, no cupiesen ya ni la mitad de los habituales concurrentes de otras veces, segun sucede aquí en los templos con la prodigiosa hojarasca de ballenas, aceros y empleitas que los obstruyen; pero tambien pudo suceder que los tales rabinos, consultando su talmud, hallasen que si se admitía por la ley á las mujeres en la participacion de los ritos judaicos, no les acontecia lo mismo á los toneles en que iban encerradas, como allá lo estuvo Diógenes.

Pero no tratemos de penetrar los misterios del Sanhedrin, y expongamos sencillamente las sangrientas consecuencias á que dió lugar la prohibición.

Las mujeres parecieron someterse al pronto; pero su resignación no era mas que aparente. Tramaron en secreto, conspiraron, sostuvieron que aquel precepto, como de lesa galantería contra el bello sexo, no era posible que tuviese fuerza de ley, y que aun dado caso de que la tuviese, ellas tenían otra ley que estaba sobre todas las legislaciones, la ley de la moda, única que las obligaba: que no era justo que ningun legislador se metiese en sus enaguas, y que si Licurgo lo hizo allá en Grecia, fué porque Licurgo era un animal muy descortés, que las trató como á meras hembras y no como á señoras.

En vista de esto resolvieron presentarse todas en un día señalado de antemano con sus correspondientes miriñaques, jurando sobre ellos afrontar cualquier peligro, y prometiendo sacrificarse, si necesario fuese, en aras del figurin de Paris, seguras de que si sucumbiesen en su noble y heroica empresa, todas las modistas de la capital de Francia reunidas pronunciarían una oración fúnebre en loor de las heroínas del pueblo judaico, y que *le Bon ton*, *le Journal des demoiselles* y *la Sylphide* inscribirían en sus columnas los ilustres nombres de las polacas que tanta gloria conquistaron defendiendo á costa de su sangre los imprescriptibles derechos de *la caprichosa reina del mundo*.

Esta decisión no impidió el que las sublevadas tomasen sus prudentes precauciones. En la sinagoga se presentaron acompañadas de caballeros, á los cuales habian hecho entrar en el complot, acaso para que fuesen estos los que recibiesen los palos de primera mano.

Avanzaron con semejante vanguardia, de seguro no sin que les temblasen las piernas; síntoma de debilidad que disimulaba el miriñaque por quien se combatía.

Montaron en cólera los rabinos al verse desobedecidos, debió de haber intimaciones previas, que no quedarían sin contestación, siendo mujeres las que formaban una de las partes beligerantes. En vista de esto los ahuecadores fueron señalados á la execración pública, y los judíos de la plebe, armados de palos y de puñales, se prepararon á hacer con ellos lo que sus ascendientes hicieron diez y ocho siglos antes con Jesucristo. Las mujeres fueron acometidas, y añade la noticia, que á duras penas pudieron salvar sus vidas, lo que prueba que á semejanza de Cleopatra en la batalla de Actium, huyeron con sus galeras diciendo *ahí queda eso*. La lucha

sin embargo continuó hasta la media noche, y mas de un Marco Antonio salió descalabrado.

No somos nosotros partidarios de los miriñaques de ese calibre; pero les hacemos la justicia de no creerlos tan nocivos para la sociedad que mereciesen castigo semejante. Su agresión no pasa de las espinillas, al menos en tierra de cristianos, y algo hay que sufrir para no ponerse en desacuerdo con los caprichos del bello sexo; pero se comprende que los judíos de Polonia, organizados en pueblos, sometidos á jefes que tambien lo son del culto, mirasen aquella desobediencia con todo el horror que inspira la trasgresión de un precepto, para ellos doblemente sagrado por su origen. Si á esto se agrega el que aquella sucia y numerosa plebe no ha usado nunca otro traje que un saco y un gorro de pieles, y que son todavía contadas las familias que allí visiten con arreglo á las modas del resto de Europa, podrá quedar mas claro el motivo verdadero de este encarnizamiento. El que no viste el mismo traje que otro, es como el que no habla la misma lengua. Una y otra cosa producen cierta antipatía mutua, que solo logra vencer la civilización, y hay mucha diferencia entre un saco de lana atado por la cintura y un miriñaque de los de alto bordo.

No se saben aun los ultimos resultados de esta terrible lucha, ni si la autoridad superior del imperio, del que Galitzia hace parte, ha tomado alguna medida eficaz para proteger el inconcuso derecho que tiene el bello sexo de ahuecarse tanto como tenga á bien, y de envasijar su cuerpo de la manera que mejor le cuadre. Lo contrario seria absurdo. ¿No hay fragatas blindadas? ¿Pues porqué no ha de haber tambien mujeres blindadas? Acero es aquel y acero es este.

La razon está completamente de parte de las vejadas, y la canalla judaica se ha portado ahora con arreglo á sus antecedentes históricos. Barrabás anda suelto entre ella desde que ella obligó á Pilatos á que lo soltara.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La pierna de palo.

POB H. ZSCHOKKE.

I.

Durante el otoño de 1782 el cirujano Luis Thevenet, establecido en Calais, fué llamado á una casa de campo situada cerca del camino de Paris, con todos los instrumentos necesarios para practicar una amputación.

Thevenet era conocido en todo el contorno por su habilidad en su arte, y no era raro que le llamaran á la otra parte del estrecho para las operaciones mas difíciles.

Esta vez se habian dirigido á él por medio de un billete anónimo, que sorprendió sobremanera al cirujano. El dia, la hora y el lugar estaban indicados del modo mas preciso, pero la firma faltaba.

— Sin duda es alguno que quiere darme un chasco, dijo para sí, y no acudió á la cita.

Tres dias despues recibió otra esquela en que le suplicaban con mas urgencia que antes, que se preparase para el dia siguiente á las nueve de la mañana, hora en que un carruaje le esperaria delante de su casa.

En efecto, cuando á la otra mañana dieron las nueve, Thevenet vió llegar un elegante coche descubierto, y sin reflexionarlo mas subió á él para ponerse en camino.

Sin embargo, antes de partir, preguntó:

— ¿A casa de quién me lleváis?

— *Things unknown to me. I am not concerned.*

Lo que quiere decir poco mas ó menos: «Lo ignoro, y es cosa que no me concierne.»

Era un inglés.

— ¡Sois un insolente! exclamó Thevenet.

El carruaje se detuvo por fin ante la casa indicada en el billete anónimo.

— ¿Pero á quién voy á ver? ¿quién vive aquí? ¿quién está enfermo? preguntó Thevenet al cochero antes de apearse.

Este repitió su primera contestación, y el doctor le dió gracias como la otra vez.

En la puerta de la casa fué recibido por un hermoso jóven de unos veinte y ocho años, cuyo acento indicaba su origen británico, y este le introdujo en un vasto salon.

Thevenet se dirigió en inglés al jóven, quien le respondió muy afable.

— ¿Vos me habeis llamado? preguntó Thevenet.

— Os agradezco mucho el trabajo que os habeis tomado por venir á verme, respondió el inglés. Sentaos, si gustais. Aquí teneis chocolate, café y vino, por si deseais tomar alguna cosa antes de la operación.

— Mostradme primero el enfermo, para que vea yo si la amputación es necesaria.

— Es muy necesaria, M. Thevenet. Hacedme el favor de sentaros y escuchadme. Tengo en vos una entera confianza. Aquí os presento un bolsillo que contiene cien guineas, que serán vuestros honorarios por la operación que vais á practicar, y no me quedaré aquí si la terminais felizmente; pero en el caso contrario, ó bien si os negais á satisfacer mi deseo, hé aquí una pistola bien cargada... os hallais en mi poder... y tan cierto como nos alumbraba el sol, os mato.

— Vuestra pistola, señor mio, no me da miedo. Pero en fin, ¿qué quereis de mí? Vamos al grano, sin preámbulos. ¿Qué tengo yo que hacer en vuestra casa?

— Es preciso que me corteis la pierna derecha.

— Con mucho gusto, caballero, y si quereis, la cabeza tambien. Pero francamente, si no me engaño, creo que la pierna no necesita semejante amputación. Habeis subido delante de mí la escalera con la presteza de un bailarín. ¿Qué es lo que le falta á la pierna?

— Nada; yo deseo que ella me falte á mí.

— ¿Estais loco?

— Eso no os importa, M. Thevenet.

— ¿Qué crimen ha cometido esa hermosa pierna?

— Ninguno, pero ¿estais decidido á cortármela?

— Caballero, no os conozco. Presentadme testigos que me certifiquen que os hallais en vuestro sano juicio.

— ¿Quereis hacer lo que os pido, sí ó no?

— Lo haré en cuanto me hayais dado una buena razon para mutilaros de ese modo.

— No puedo deciros ahora la verdad, quizá lo sabreis dentro de un año... y desde ahora apuesto que dentro de ese tiempo yo mismo confesareis que me asistian los motivos mas nobles para deshacerme de esta pierna.

— Yo no apuesto nada, si no me dais vuestro nombre, vuestra morada, vuestra familia y vuestra profesión.

— Todo eso lo sabreis mas tarde.

— No, señor, ahora mismo.

— Lo que es ahora no sabreis nada. Una pregunta: ¿me teneis por un hombre honrado?

— Un hombre honrado no amenaza á su médico con pistolas. Yo tengo deberes que cumplir aun con aquellos á quienes no conozco, y no os mutilaré sin necesidad. Si quereis ser el asesino de un padre de familia, aqui teneis mi pecho, matadme.

— Bien, M. Thevenet, dijo el inglés recogiendo su pistola. No dispararé contra vos, pero os obligaré sin embargo á que me corteis la pierna. Lo que no quereis hacer ni por condescendencia hácia mí, ni por dinero, ni por miedo de una bala, me lo concedereis por compasión.

— ¿Y cómo será eso?

— Yo mismo me mutilaré; me tiraré un balazo en la pierna; aqui mismo, á vuestros ojos.

Y al decir estas palabras, el inglés se sentó con la mayor serenidad y aplicó á la rodilla la boca de su pistola.

Thevenet quiso levantarse para contenerle.

— No os movais, dijo el inglés, ó disparo. Respondedme á esta última pregunta: ¿quereis aumentar y prolongar inútilmente mis dolores?

— Estais loco, pero debo acceder á vuestra voluntad. Os cortaré esa maldita pierna.

Y dispuso lo conveniente para la operación.

En el instante en que la iba á comenzar, el inglés pidió su pipa y juró que no dejaria de fumar mientras operase el cirujano.

Y cumplió su palabra: cuando la pierna cayó al suelo, el inglés fumaba todavía.

M. Thevenet dió otra prueba mas de su ciencia consumada; el enfermo, gracias á él, sanó en muy corto tiempo. La recompensa fué crecida, el inglés apreciaba cada dia mas al cirujano, y con lágrimas de alegría le dió gracias porque le habia cortado la pierna.

Despues se embarcó para Inglaterra con una pierna de palo.

II.

Cinco meses habian trascurrido cuando M. Thevenet recibió de Lóndres una carta concebida en estos términos:

«En testimonio de mi viva gratitud os envío adjunta una letra de cambio de 250 guineas contra M. Panchaud, banquero en Paris. Me habeis hecho el mas dichoso de los hombres cortándome un miembro que era el único obstáculo para mi felicidad.

¡Cuán bueno sois! Ahora vais á saber los motivos de mi loco capricho, como vos deciais. Entonces estabais empeñado en sostenerme que no podia yo tener una buena razon para exigir la mutilación de una pierna enteramente sana. Os propuse una apuesta, y no anduvisteis descaminado en no aceptarla.

Al regreso de mi segundo viaje á las Indias orientales conocí á Emilia Harley, la mujer mas recomendable bajo todos conceptos que puede haber en el mundo. Yo la adoraba. Su fortuna y sus relaciones de familia habian deslumbrado á mis padres; yo, por mi parte, no veía mas que su hermosura y su carácter angelical. Entré pues á figurar entre la multitud de sus adoradores. ¡Ay! mi querido M. Thevenet; fuí bastante feliz para llegar á ser el mas desgraciado de mis rivales: Emilia me amaba, me preferia á todos los demás, no lo disimulaba, y por esto mismo me negaba sus favores. Vanamente pedí su mano; vanamente sus padres y sus amigos intervinieron en mi favor, ella permaneció inflexible en su resolución.

Durante largo tiempo no pude descubrir los motivos que tenia para rechazar un enlace conmigo, cuando segun declaraba ella, me amaba con extremo; mas al fin vine á saber el secreto por una de sus hermanas. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenia un defecto de nacimiento, le faltaba una pierna, y á causa de esta imperfección se obstinaba en no casarse conmigo, temiendo que mas tarde debiera yo quererla menos.

Al punto me decidí; quise que los dos estuviéramos iguales, y gracias á vos, mi querido M. Thevenet, lo estamos.

Volví á Lóndres con una pierna de palo muy bien hecha y perfectamente disimulada. Mi primer cuidado fué visitar á miss Harley. Antes habia yo escrito á Inglaterra, y la noticia habia circulado que me habia roto una pierna en una caída de caballo y me la habian tenido que amputar. Todos me compadecian, y Emilia

cayó desmayada la primera vez que me vió. Durante algun tiempo estuvo inconsolable, pero hoy es mi esposa. Al siguiente dia de mi matrimonio, la confié el sacrificio que me habia inspirado el deseo de su posesión, lo que aumentó el amor que me tenia. ¡Oh! mi querido Thevenet, si tuviera mas piernas que perder, las daria sin vacilar por casarme con Emilia.

Toda mi vida os estaré profundamente agradecido. Si alguna vez venís á Lóndres os ofrezco mi casa. Conoceréis á mi hechicera esposa, y no volvereis á decir que carezco de mi sano juicio. — CARLOS TEMPLE.»

M. Thevenet contó la anécdota y mostró la carta á sus amigos, riéndose locamente cada vez que se trataba del asunto.

— ¡Y sin embargo, continúa siendo loco! decia el facultativo.

III.

Hé aquí cuál fué su respuesta:

«Os doy mil gracias por vuestro magnífico regalo, y debo llamarlo así, pues no puedo considerarlo como honorarios del escaso trabajo que tuve.

Os felicito por vuestro enlace con la mas encantadora de las inglesas, y deseo que seais dichoso. Es mucho dar una pierna por una mujer hermosa, tierna y llena de virtudes, y sin embargo no es demasiado cuando no se acaba por arrepentirse de lo hecho. Adán debió pagar la posesión de su mujer con una de sus propias costillas. ¡Cuántos hombres ha habido despues á quienes la dama de sus pensamientos ha costado una costilla y aun la cabeza!

De todos modos, permitidme que me atenga humildemente á mi antiguo parecer; seguramente, en este momento teneis razon, estais todavía en el paraíso de la luna de miel, pero yo tambien, con la única diferencia de que mi sentimiento no se justificará sino muy lentamente, como toda cosa que se vacila largo tiempo en aceptar.

Cuidado no os arrepintais antes de dos años de haberos mandado cortar la pierna por encima de la rodilla; mi cálculo es este: pienso que dentro de poco se os ocurrirá que lo mismo habria sido cortarla por debajo; que dentro de tres años estareis convencido de que habria bastado la pérdida del pié; que dentro de cuatro años reconocereis que el sacrificio del dedo gordo era ya demasiado; que dentro de cinco años pensareis lo mismo acerca del dedo meñique, y por último, que dentro de seis vendreis á confesarme que habria bastado cortaros una uña.

Todo esto sea dicho sin herir en nada el mérito de vuestra hechicera esposa. La belleza y la virtud de las mujeres pueden tener mas duracion que los fallos de los hombres. En mi juventud yo habria dado diariamente mi vida por la mujer que amaba, pero jamás habria dado una pierna; jamás habria deplorado el primer sacrificio, y el segundo le habria llorado hasta mi última hora, pues si le hubiera consumado, aun hoy me diria: «Thevenet, estabas loco.»

Y sin otra cosa, se ofrece á sus órdenes su muy atento y humilde servidor, — J. THEVENET.»

IV.

En 1793 durante el terror revolucionario, Thevenet delatado como sospechoso por un médico mas jóven, llegó á Lóndres para salvar su cabeza de la guillotina, y para distraerse y crearse relaciones, preguntó por sir Carlos Temple.

Una vez que supo su morada se presentó y fué recibido despues de declarar quién era. En un sillón que estaba junto á la chimenea habia sentado un hombre muy grueso, y tenia al lado una botella de porter con un monton de periódicos. Apenas pudo levantarse, tal era su peso.

— ¡Ah! bien venido seais, M. Thevenet, gritó el hombre grueso, que era el mismo sir Temple; permitidme que permanezca sentado, pues esta maldita pierna de madera no me deja hacer nada. ¿Venís sin duda, amigo, para ver si vuestra opinion se ha justificado?

— Vengo como un fugitivo para pedir os un asilo. — Vivireis en mi casa y me consolareis, pues á la verdad sois un hombre de mucha sabiduría. Seguramente, M. Thevenet, hoy seria yo almirante sin esta maldita pierna de palo que me ha hecho incapaz de servir á la patria. Leo los periódicos y no hago mas que jurar porque no soy nada en este mundo. Quedaos conmigo y me consolaré.

— Vuestra esposa sabrá consolarnos mejor que yo. — No por cierto. Su pierna de madera le impide bailar, y está entregada á los naipes y á la chismografía. No puedo hacer nada de ella. Por lo demás, es una excelente señora.

— ¿Con que yo tenia razon?

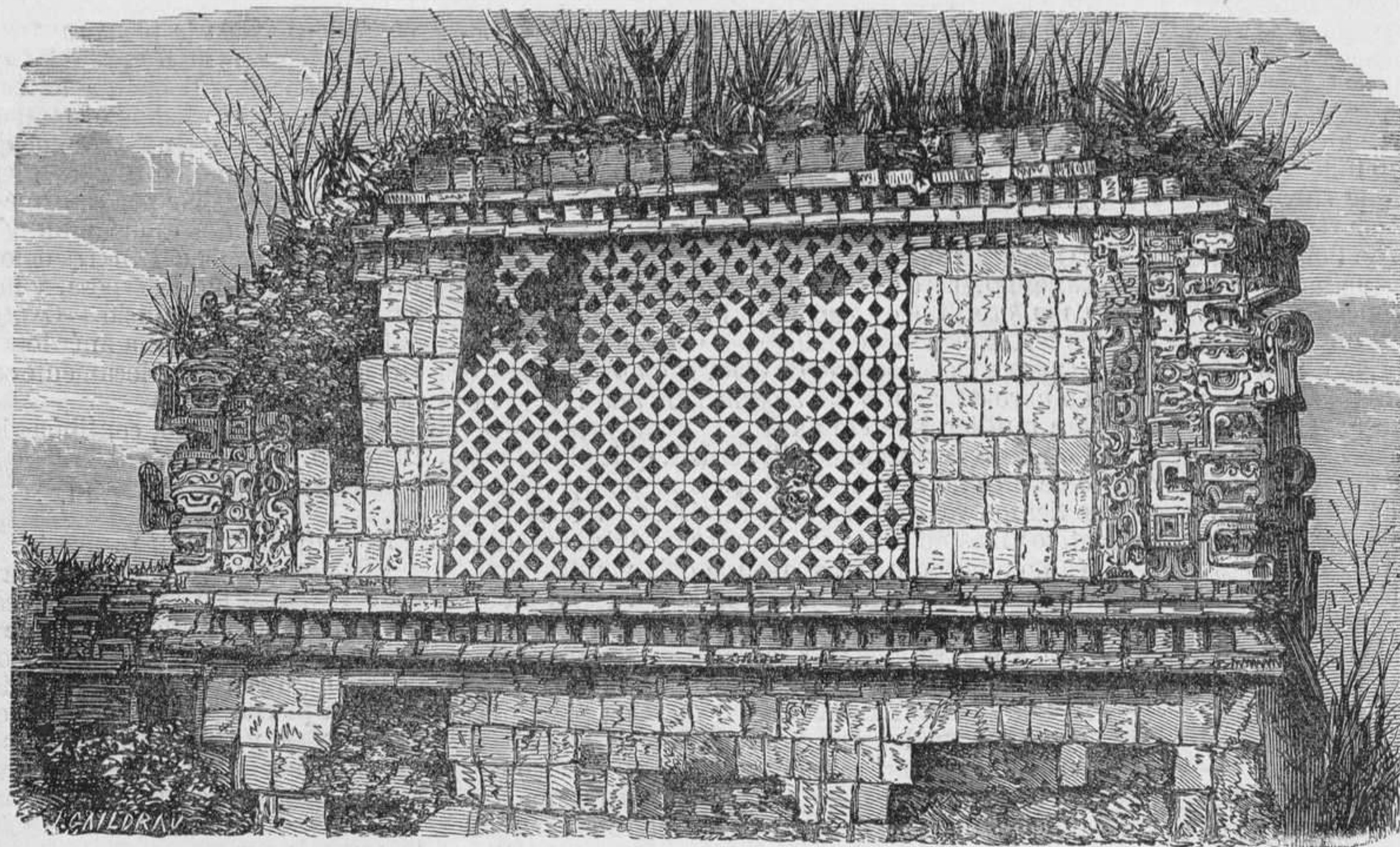
— Seguramente, mi querido Thevenet, pero dejemos eso; he hecho una tontería, y se acabó. Que me devuelvan mi pierna y vereis si doy ahora ni siquiera una roedura de una. Entre nosotros sea dicho, ¡estaba loco! pero... guardadme el secreto de esta confesion.

(Traducido del alemán por H. DE S.)

Antigüedades americanas.

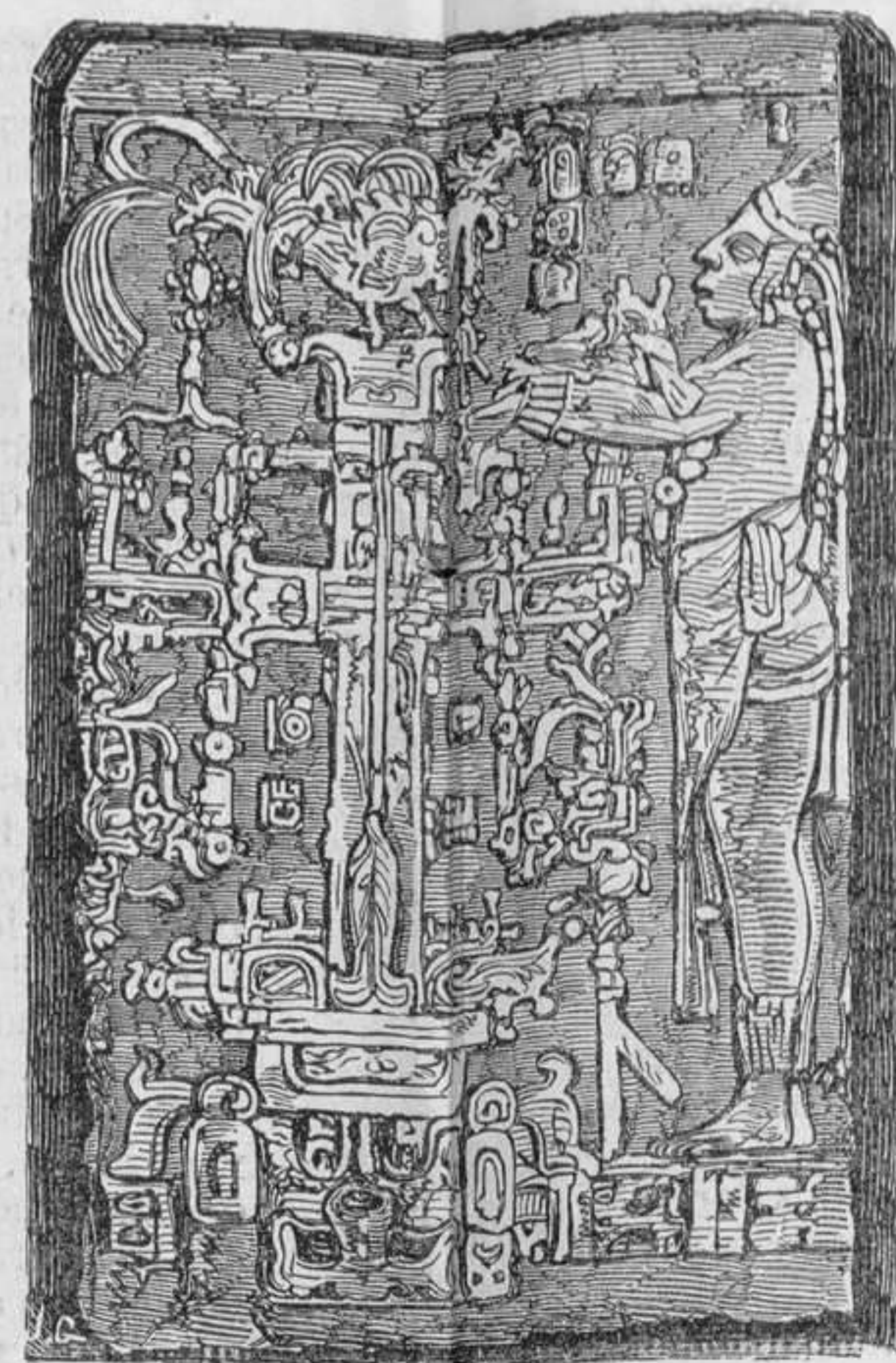
El nuevo mundo, que en los pasados tiempos tanto preocupaba á nuestros navegantes europeos, atrae todavía á sus regiones á los hombres de ciencia y de saber mas intrépidos y determinados. Pronto hará cuatro

siglos que fué descubierta, y sin embargo aun está por explicar. Si la América es conocida en la inmensa extensión de su territorio, en cambio es ignorada en su pasado y su historia, es decir, en su historia remota, que para nosotros es letra muerta todavía. A la vista de esos monumentos inmensos tan numerosos en Méjico, en presencia de esos bajo-relieves, restos de los grandes edificios del Yucatan, sobre los cuales está representado un pueblo que ha desaparecido, cuyos tipos, trajes y usos geográficos recuerdan



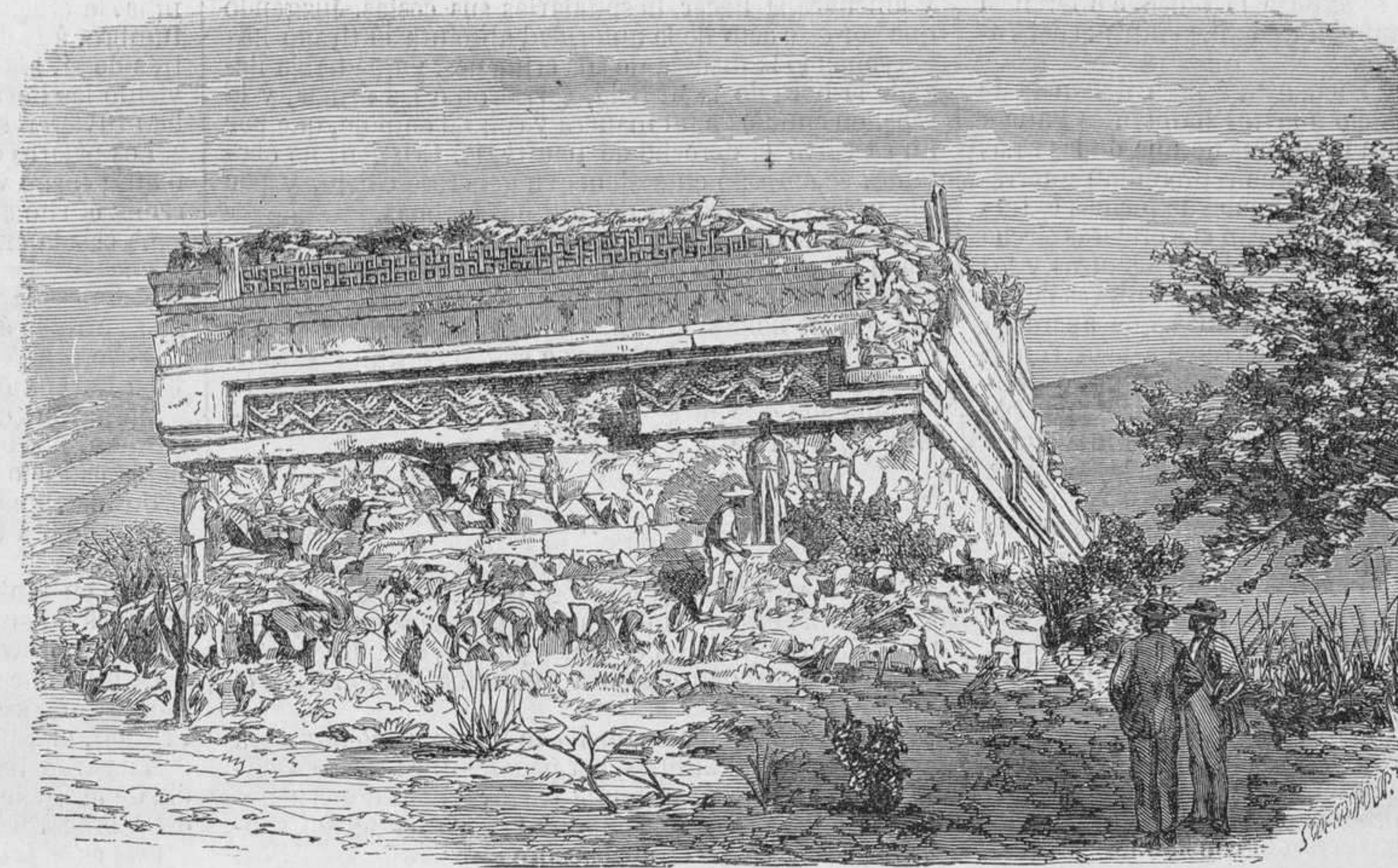
TROZO DEL LADO SUR DE LA FACHADA LLAMADA EGIPCIA EN UXMAL.

el antiguo Egipto y la Persia, se pregunta uno si solamente la casualidad ha creado esas semejanzas, ó si no existen algunos lazos desconocidos que reúnen en el pasado á los dos mundos; si no ha habido emigraciones, cuya fecha es imposible determinar, que llevaron de los altos países del Asia hasta el corazón de la América bandas viajeras de raza blanca. Estos grupos de pueblos semíticos habrían pasado el estrecho de Behring y se habrían acantonado momentáneamente en la América setentrional; poco



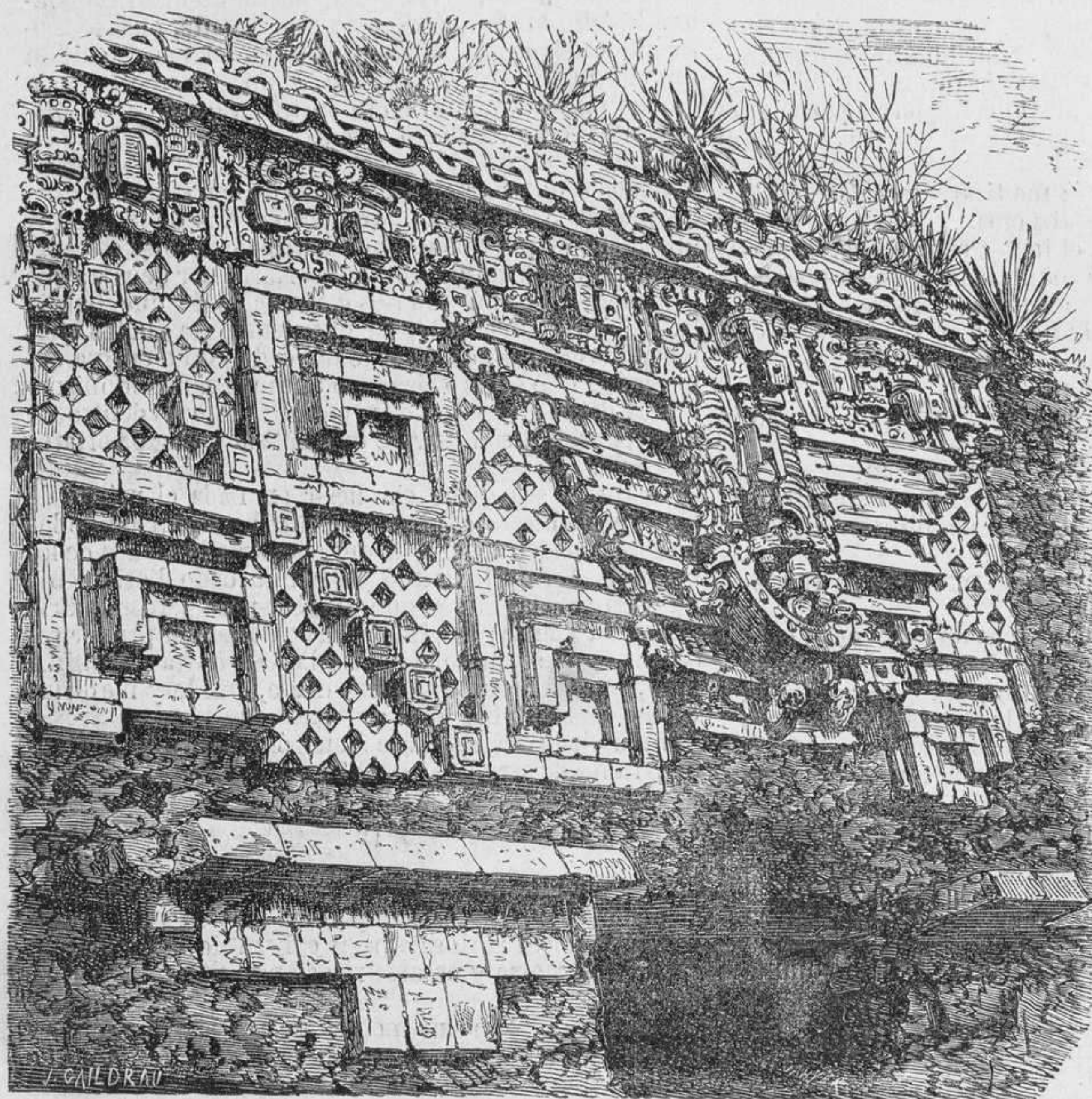
PIEDRA DE LA CRUZ EN PALENQUE.

á poco habrían bajado hasta Méjico; de aquí habrían sido arrojadas por otras poblaciones, siendo rechazadas hasta el Yucatan, límite definitivo de su retirada. Stephens, Humboldt y otros sabios han suscitado esta importante cuestión, que hasta el día ha permanecido en las hipótesis más ó menos ingeniosas, mas ó menos admisibles. Lo que faltaba sobre todo al estudio de este curioso problema, era el conocimiento seguro y exacto de los monumentos en que se funda la cuestión, conocimiento del que uede recibir su

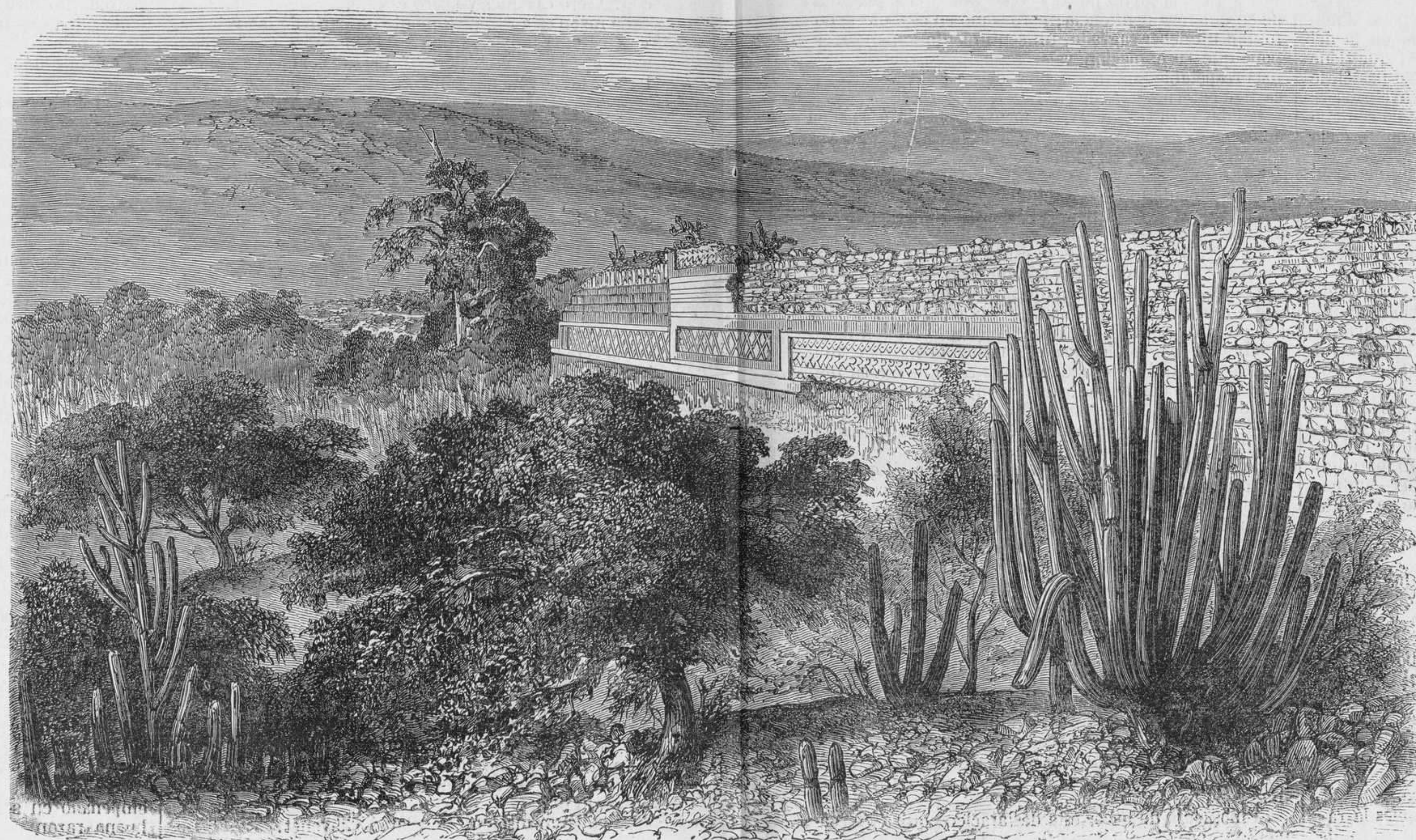


LADO SUR DEL CUARTO PALACIO DE MITLA.

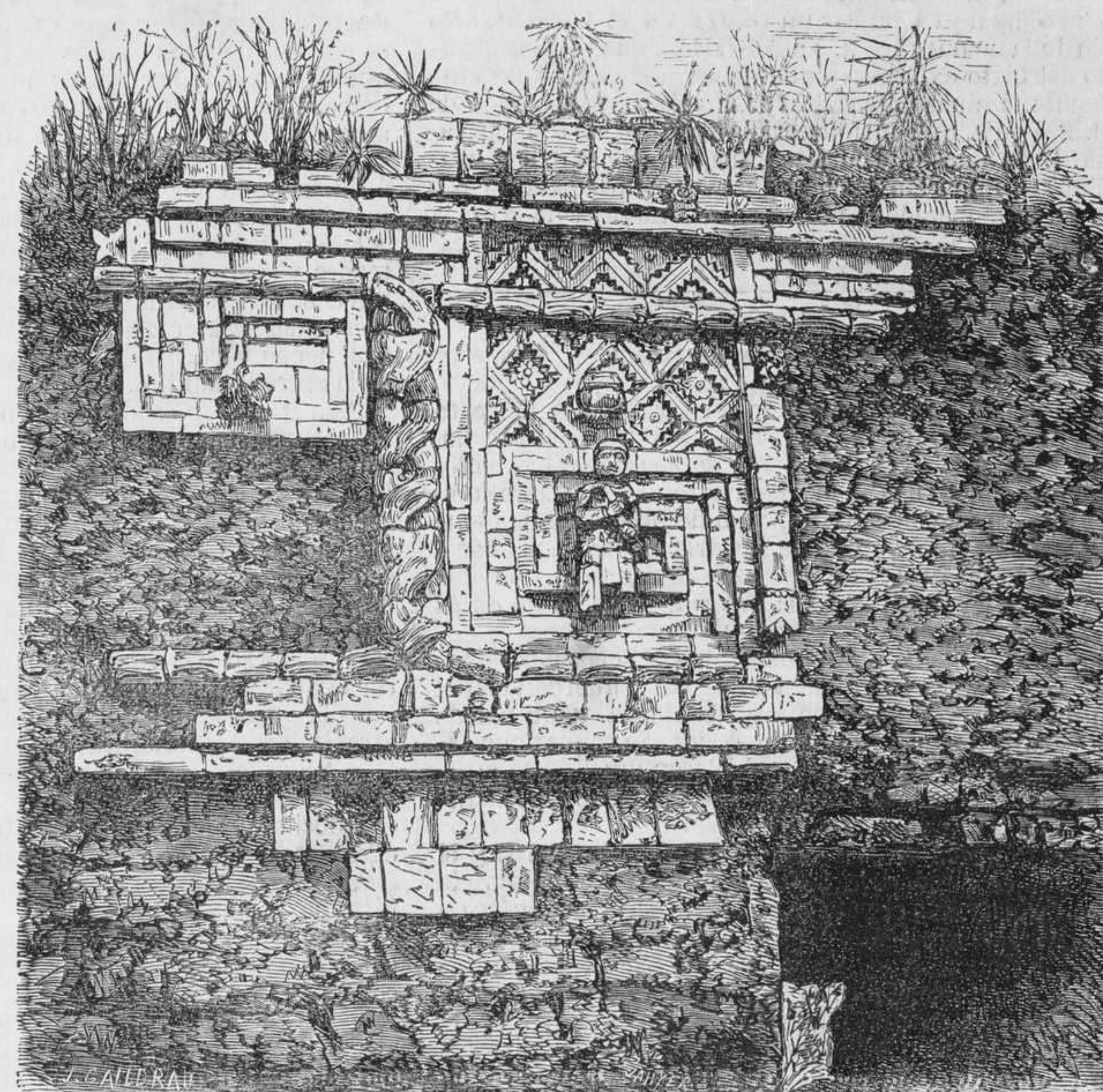
solucion. Un viajero francés ha ido á visitar esas regiones, armado de un aparato fotográfico, y de ellos nos ha traído un curioso álbum donde se ven reunidos esos preciosos restos. Ahora la ciencia puede juzgar y pronunciarse. M. D. Charnay, desembarcado en Veracruz, ha atravesado en todos sentidos los Estados de Puebla, Oajaca, Veracruz, Chiapa, Tabasco y Yucatan. Este modo de recorrer comarcas ora impracticables, ora ocupadas por indios sublevados, para hacer la conquista fotográfica del nuevo mundo,



BAJO-RELIEVE DEL INDIO EN LA FACHADA DE LAS SERPIENTES, EN UXMAL.



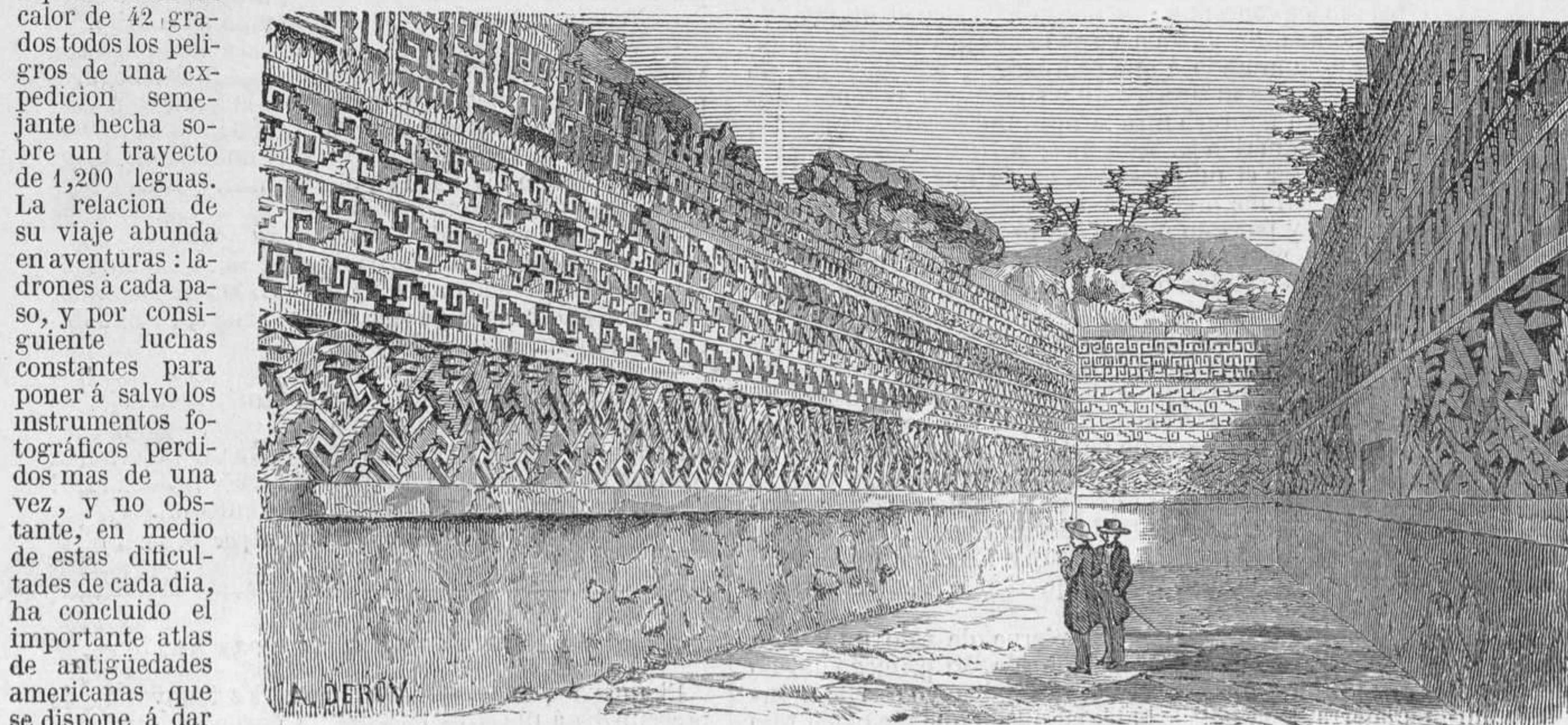
CUARTO PALACIO DE MITLA, LADO ORIENTAL.



TROZO DE LA PUERTA DEL PALACIO DEL GOBERNADOR EN UXMAL.

exige un valor á toda prueba, una enérgica voluntad de alcanzar un resultado útil. Ha sido preciso que M. Charnay soportara con un calor de 42 grados todos los peligros de una expedición semejante hecha sobre un trayecto de 1,200 leguas. La relación de su viaje abunda en aventuras: ladrones á cada paso, y por consiguiente luchas constantes para poner á salvo los instrumentos fotográficos perdidos mas de una vez, y no obstante, en medio de estas dificultades de cada día, ha concluido el importante atlas de antigüedades americanas que se dispone á dar al público en Pa-

ris, y del cual tomamos los dibujos que acompañan á este artículo.



INTERIOR DE UNA SALA DEL PALACIO DE MITLA.

El viajero, al encaminarse de Sisal á Mérida, encontró prodigiosos edificios. Tenia el deseo de visitar la isla de Cozumel con sus torres de muchos pisos, pero tuvo que renunciar á este proyecto ante dificultades insuperables, y debió llegar á Mérida siguiendo la costa setentrional; se dirigió á Palenque por medio de las selvas, atravesó el istmo, pasó el estado de Oajaca, salvó las montañas y se encaminó de Mitla á la ciudad de Méjico, última etapa de tan largo y penoso viaje.



M. D. CHARNAY.

De todos los países el Yucatan es el que mas ha ocupado á M. Charnay, y es naturalmente el que le ha dado mas asuntos para sus estudios fotográficos. Esta península se halla sembrada de ruinas que presentan pocos caracteres comunes con los restos de edificios que se ven en los países contiguos. Sabida es la naturaleza de ese terreno calcáreo, de vegetación raquítica, donde la seca llanura se cubre de cactus, de palmeras enanas y de arbustos espinosos. Naturaleza



SALON DEL PALACIO DE MITLA.

desolada, muy ingrata para el trabajo del hombre. Y sin embargo un pueblo ha pre-

ferido esa península á las fértiles tierras que se extienden al pié de esas áridas mesetas. ¿Porqué se condenaria á vivir sobre esas rocas? Sin duda las encontró como un postrer refugio en su fuga. En esta hipótesis preciso es admitir que las tribus llegadas en tiempos muy remotos del Asia, como ya hemos dicho, estaban establecidas en el territorio mejicano, cuando tuvieron que huir ante las invasiones de los Aztecas, nación viajera, que se apoderaron en breve de una gran parte de Méjico, fijándose en las tierras fértiles y rechazando hácia las comarcas orientales á los

pueblos invadidos. Así se explica la sensible diferencia que existe entre los monumentos de la península del Yucatan y los del continente.

Entre los primeros se encuentra á poca distancia de Valladolid un vasto edificio que los habitantes llaman el Circo. Sobre las paredes interiores de una de las salas de este circo se ven esculturas que representan guerreros combatiendo serpientes y animales de formas extrañas. Las armaduras y los cascos, con sus orejeras circulares y sus plumas altas, recuerdan las armaduras y los cascos militares que se ven en los bajo-relieves de los monumentos del Asia. También se diría que aparecen en las esculturas del Circo los guerreros asirios con la ballesta y el venablo. Hasta la construcción de los monumentos recuerda la de los edificios pelásgicos, por sus disposiciones principales, por sus dos planos inclinados que se acercan hasta sus cumbres terminadas por una losa. Muy distinto es el sistema de arquitectura que domina, por ejemplo, en las ruinosas construcciones de Palenque. En cuanto á los tipos de las figuras que presentan los monumentos de los dos países, difieren también completamente: los rostros de los soldados esculpidos en los bajo-relieves del Yucatan, no tienen nada de común con los de los guerreros de Palenque; mas bien parecen pertenecer á las razas blancas que á las razas turanianas: los primeros llevan barba, los segundos no. ¿Qué se debe sacar en consecuencia de estas dos formas distintas? Que en sus emigraciones hacia América, llegaron pueblos procedentes del centro del Asia hasta el centro de Méjico, trayendo consigo los métodos de construcción que se usaban en su patria; que mas tarde unas oleadas de nuevos invasores, de la misma América, hicieron retroceder á esa población extranjera y la obligaron á buscar un refugio en el Yucatan. Esto sin duda demostrará M. Viollet-Le-Duc, que está encargado del texto explicativo que debe acompañar á las cincuenta láminas fotográficas de M. Charnay, en unión de M. F. Denis, que enriquecerá la obra con una bibliografía. Esperamos este curioso trabajo donde se deben ventilar tan importantes cuestiones, y que patrocinado por S. M. el emperador, no dejará de merecer la acogida mas lisonjera. H. L.

Una leyenda danesa.

En el castillo de Sunderborg, situado en la hermosa isla de Alzen, uno de los distritos del Jutland meridional, se conserva religiosamente hace cerca de tres siglos un largo cordel de cáñamo de tres ramales, del que cuelga una especie de canasto hecho de juncos sólidamente trenzados y tan grande que podría servir de hamaca. Cada una de estas dos preciosas reliquias tiene un nombre en la leyenda del país: la primera se llama *cordel del preso*, y la segunda *canasto del compañero*.

En el castillo de Kallundborg, hacia la costa occidental de la grande isla danesa de Seeland, guardan con el mismo respeto un palo de madera blanca y un par de zapatos pequeños, pero muy recios. Se conoce que estos pesados zapatos de mujer hicieron mucho uso antiguamente, y que su dueña no los abandonó sino cuando se hallaban de todo punto inservibles.

Estos objetos de veneración, así como la cuerda y el canasto de Sunderborg, tienen su nombre consagrado por la historia: el palo es el *baston de la madre*, y en cuanto á los zapatos de cuero que hacen daño á la vista, porque recuerdan lo que debieron sufrir los pies diminutos que los calzaron, se llaman los *zapatos de la hija*.

El encadenamiento fatal de los cambios de la fortuna liga con un hecho histórico el castillo de Kallundborg y el del distrito de la isla de Alzen. Uno y otro sirvieron de cárcel á Cristian II el Danés, ese rey de memoria detestada mas que detestable, y que un poco á la ligera los historiadores han llamado el Neron del Norte.

Muchas y buenas cosas habria que decir respecto á este tirano en disculpa de su tiranía; pero no les toca á los simples narradores como nosotros emprender la justificación de los que la historia condena. Tranquílcese pues el lector, que no es nuestro ánimo abandonar el sendero de la fábula para lanzarnos en la escabrosa via de las graves discusiones por donde caminan magistralmente los sesudos historiadores; estariamos seguros de extraviarnos y no caeremos en esa tentación, para nosotros sin muchos atractivos.

Dos palabras no mas sobre Cristian II en atención á que su nombre se verá repetido á menudo en este relato.

En suma, llevó tres coronas. Habiéndole arrebatado la de Suecia Gustavo Wasa y sus sucesores de la Dalecarlia, Cristian debió la pérdida de su doble título de rey de Dinamarca y de Noruega á un edicto que sublevó contra él á las poblaciones del Jutland.

Ahora bien, ¿qué decía este edicto del tirano leído en todas las parroquias del reino el domingo de la Trinidad, 15 de junio de 1522?

Abolía el derecho de naufragio, es decir, la bárbara costumbre que habia entonces de saquear los buques que zozobraban en la costa.

Por su nueva ley Cristian prescribía la humanidad con los naufragos, y mandaba á los oficiales del gobierno que recogieran todos los objetos que la mar arrojaba á la playa para que fuesen devueltos á sus dueños.

Los jutlandeses, que tenían muy bien estudiado el arte, para ellos muy principal, de provocar naufragios por medio de pérdidas señaladas, y que consideraban el saqueo de los buques como un privilegio inherente á su condicion de vecinos del mar, recibieron con gritos de indignación el edicto regio que arruinaba su industria

y amenazaba hacer hospitalarias sus costas. Juzgando que por este acto de la autoridad absoluta el tirano habia colmado la medida de sus crímenes, y que habia llegado la hora de la justicia, corrieron á las armas, y la rebelión cundió de tal manera y con tal empuje, que por fin se salvó el derecho de naufragio. Cristian, no obstante, se empeñó en sostener su generoso edicto, y por ello perdió á la vez sus dos últimas coronas.

Unos ocho años hacia que el monarca destronado expiaba en el castillo de Sunderborg, la primera de sus cárceles, su amor al pobre pueblo y su terrible severidad con los nobles, enemigos de aquel, cuando sobrevinieron los sucesos que vamos á contar, segun las tradiciones.

Temiendo disminuir la autoridad de la relación, dejamos la palabra á la leyenda.

I.

En lo mas fuerte del rigoroso invierno, dos criaturas de Dios, una mujer y una niña, — la madre y su hija, — que habian seguido en el trineo público el cauce helado del Wildan, se detuvieron á una milla de Tondern, el pueblo de las encajeras.

Era la mañana del santo día de Reyes, y no hay para qué decir que los caminos, por penosos que fuesen entonces de atravesar, en ninguna parte estaban desiertos.

Entre los usos piadosos que el tiempo ha dejado subsistentes todavía en ese país sobre el polvo de los siglos, la cosumbre cristiana que convida á los del mismo nombre y de la misma sangre á celebrar en común la fiesta de los Reyes, no es la menos respetada de las solemnidades religiosas. Segun el uso también, no se pone la mesa en casa del mas rico de los parientes, sino en la del que cuenta mayor edad. Como este solo es el que tiene derecho de presentar á los suyos el consabido pastel, le amasa él mismo, — así como su pan, — de avena si es entre los pobres habitantes del Finmarck, y de centeno ó de trigo de flor si la suerte le ha deparado un cielo menos rigoroso y una tierra mas fértil.

Como íbamos diciendo, el camino que siguieron la madre y la hija despues que hubieron dejado el trineo público, no estaba menos frecuentado que todos los demás, pues se acercaba la hora de las reuniones, y cada cual por su parte acudia, algunos de muy lejos, á la citada entre la familia.

Pero si el gozo estaba pintado en la mayor parte de los rostros, si aquí y acullá resonaba la canción que infunde tanto aliento al caminante, en vano se habria buscado en las facciones de la mujer y de la niña un reflejo de la alegría de los demás viajeros. Marchaban silenciosamente y desviadas de la gente como si hubiesen temido ser vistas, y los cantares de sus compañeros de camino parecían importunarlas; hablamos de la mujer, pues en cuanto á la niña muy gustosa habria confundido su voz con aquellas que resonaban, para hacer olvidar el rigor del tiempo y lo largo del camino. Pero la madre habia dicho á esta niña que se sentía atraída hacia las criaturas de su edad:

— Acuérdate, Margarita, que no debes separarte de mí.

Y dócil á esta orden, Margarita, que no sabia desobedecer, caminaba pegada á su madre.

Al cabo de tres horas de marcha llegaron por fin al término de su viaje.

La madre se detuvo á la orilla de un bosquecillo, cuando vió delante de sí una especie de casita rústica con sus escaleras y su baranda.

— ¿Es aquí? preguntó la jóven deseosa de hallar un abrigo y de tomar asiento cerca de la lumbre, cuyo humo veía salir por el tejado en negros torbellinos que se perdían en el brumoso cielo.

— Sí, hija mia, aquí es, respondió la madre.

Y al responder se estremeció, no de frio, pues la rapidez de la marcha hacia por el contrario que su frente se hallase cubierta de gotas de sudor.

— Vamos, repuso Margarita.

Y se disponía á correr hacia la escalera de la casita rústica.

Con un ademán la madre la detuvo.

Sorprendida, Margarita miró á su madre como para preguntarle qué significaba aquella detención cuando habian llegado al término de su penoso viaje.

La mujer bajó la cabeza y no respondió una palabra. Esta habitación pertenecía á un jefe de familia: al Labrador Andrés Friedelf.

Dos convidados, los únicos que llegaban tarde, pasaron al lado de la madre y de la hija sin verlas, de tal modo el frio aceleraba su marcha y fijaba su atención en un solo punto, el lugar de la cita.

Subieron con presteza la escalera para reunirse á los convidados de Andrés Friedelf, que se hallaban ya en el aposento común.

En cuanto entraron, la criada del Labrador salió á la baranda que reinaba en torno del piso superior. La recorrió del Norte al Este, del Sur al Occidente de la casa; en cada uno de los cuatro puntos cardinales se detuvo un momento, y tres veces tocó una campanilla de hierro.

Esta fiesta de familia principiaba siempre así por todas partes en aquel tiempo.

En el interior ya no esperaban á nadie, pero sin embargo, no por eso olvidaban á los ausentes. Suponiendo, por una piadosa ficción, que por lejos que estuviesen, el sonido de la campanilla del jefe de la casa debía llegar á sus oídos, sañían á llamarlos así por orden del amo á los cuatro puntos del mundo.

Como nadie hubiera respondido al toque de la campa-

nilla, la criada de Andrés Friedelf arrojó, segun la costumbre, á la derecha y á la izquierda, por delante y detrás de sí, algunas migajas del pastel, á fin de que el viento las llevara y que aquellos de quienes se acordaban tuviesen su parte.

Los pájaros de las inmediaciones cayeron sobre aquel maná; luego volaron alegres, y se cumplió lo que prescribía el rito antiguo.

La criada entró, y luego fué á cerrar la puerta de la casa.

Entonces la madre tomó de la mano á la niña que ya no se atrevía á preguntarla, y la dijo:

— Ven, hija mia.

La llevaba hacia la casa del Labrador Friedelf.

Margarita, que hace un instante queria correr á la escalera, no se dejó guiar sin vacilar, tal impresión la habia causado el sombrío silencio de su madre.

Un instante antes deseaba ardientemente entrar en la casa, y ahora un terror secreto parecia encadenar sus pasos.

Pero en tanto que suben la escalera, preciso es que sepamos quiénes son estas dos mujeres, lo que explicaremos en breves palabras.

La niña que camina temblando es la hija del rey Cristian; su madre no es la mujer del rey, y maese Andrés Friedelf, el Labrador, es el padre de esta mujer.

Margarita ha cumplido doce años, y en estos doce el día de la Epifanía no ha dejado nunca de acudir la hija del Labrador á la casa paterna.

Esta es la primera vez que se presenta acompañada de su hija; pues hasta aquí la habria sido demasiado penoso hacerla testigo de la humillación que debe sufrir. Hoy sin embargo no puede ocultarla mas el espectáculo de su dolorosa penitencia; pero como en este día la dominan un deber sagrado, un sentimiento generoso, supone que su expiación valerosamente sufrida la hará mas respetable aun á los ojos de su hija; además, el castigo paterno, lejos de envilecer, purifica.

Pálida, pero resignada, la madre llevando á la niña de la mano llama tímidamente á la puerta, y una voz grave, la del amo, responde:

— Entrad.

Y de repente un estremecimiento general circula en la asamblea; todos sabían quién era la que llamaba de aquel modo.

La puerta cede á un ligero esfuerzo, y las dos viajeras penetran en la sala del banquete.

Al aspecto de la criatura que acompañaba á Ana Friedelf y que adivinaron era su hija, la compasión se deslizó en los corazones, y todos los ojos se volvieron hacia el Labrador pidiéndole gracia. También él habia visto á Margarita, también él habia adivinado que era su nieta, y á pesar del imperio que siempre sabia conservar sobre sí mismo, no necesitaba que las miradas suplicantes de los suyos llegaran hasta él para que sintiera quebrantada su voluntad de hierro.

Pero ¿podía ser clemente con la culpable, él que por juramento, en su solicitud paternal, se habia condenado á un eterno rigor? Apoyándose en su fe religiosa, habia jurado obtener el perdón de su hija en el cielo á fuerza de severidad con ella en la tierra. Así pues, en cualquiera parte en donde se encontrara Ana Friedelf, debía dejarlo todo para presentarse todos los años en semejante época á recibir la afrenta de una bofetada delante de la familia reunida. Gracias á la promesa que habia hecho de someterse á este castigo, la culpable no recibió la maldición paterna cuando murió de dolor su madre, la casta Gunilda.

— Tendrás que sufrir este castigo público todos los años, la habia dicho Andrés, hasta el día en que puedas presentarte aquí con la cabeza erguida á decirnos, también públicamente, con una mano sobre el corazón y la otra levantada al cielo: «He rescatado mi falta, y soy la mujer del rey Cristian.»

El momento de hacer esta declaración, quizá eternamente imposible, no habia llegado todavía, pues en lugar de permanecer en pie como habria podido hacerlo en este caso, Ana Friedelf se arrodilló á dos pasos de la puerta, y ante su hija estupefacta al verla humillarse así, esperó la vergüenza que su sumisión filial la obligaba á ir á buscar todos los años.

Margarita, que no podia comprender porqué su madre habia tomado esta actitud suplicante, se inclinó al punto hacia ella para levantarla; pero la madre la apartó suavemente con la misma mano que por lo común solo tocaba á la criatura para acariciarla y bendecirla.

— Déjame, la dijo, es el día de la penitencia, y este es mi puesto.

Margarita, sin saber á quién se debía implorar ni con qué motivo, cruzó las manos y se arrodilló al punto igualmente.

El padre se levantó y se preparó á dejar aquella mesa ante la cual estaban sentados todos sus parientes y hasta sus criados, faltando solo puesto hacia doce años á la hija única de la casa.

Este padre era un anciano de alta estatura y de austero semblante. La emoción que siempre le sobrecogía en aquel momento supremo, y que tantas veces ha venido, esa emoción que la presencia de Margarita hacia esta vez mucho mas difícil de combatir, aumentaba aun la dureza ordinaria de su fisonomía.

Andrés Friedelf, despues de dejar su asiento, se dirigió despacio hacia la penitente.

Cada cual en la sala guardaba el silencio del estupor, pero interiormente todos murmuraban contra el inflexible rigor del jefe de la familia; pues á los ojos de todos parecia bien digna del perdón de su padre aquella pobre criatura, que habia reconquistado su estima-

cion por su religiosa exactitud en ofrecerse como víctima á la mano del castigo. Pero entre los presentes ninguno sabia que cada vez que esta mano se habia alzado para herir, el terrible justiciero habia tenido necesidad de apartar la vista para que no faltara el valor á su brazo como le faltaba á su corazon.

En este momento no era ya un solo objeto de lástima que tenia delante; eran dos á luchar contra su cólera debilitada por una prueba de doce años, y si hoy todavia sus ojos iban á evitar á la que habia condenado en otros tiempos, ¿se encontraria por esto mas firme para el castigo? No; pues su mirada al apartarse de la culpable debia caer infaliblemente sobre la niña que ya se le ponía de obstáculo para llegar hasta la madre.

Sin embargo, sostenido por la idea de que solo este acto expiatorio podia desarmar la cólera divina, dió algunos pasos mas y luego se detuvo vacilante, combatido entre la santidad del juramento y la inclinacion á la indulgencia. Ana Friedelf, que habia contado uno por uno los pasos de su padre, al verle por fin cerca de ella, cruzó los brazos sobre su pecho, cerró los ojos y le presentó su rostro donde se leía bajo la palidez de la muerte la piadosa sumision del martirio.

Margarita, cuya inquieta mirada iba de su madre al anciano, no dijo mas que estas tres palabras:

— ¡Dios mio! ¿Porqué?

Sencilla y simple pregunta de criatura, que no supone que aquella de quien la viene el perdon, pueda merecer jamás un castigo.

Apenas estas poderosas palabras se han escapado de los trémulos labios de Margarita, cuando de repente el padre siente una dulce conmocion interior, y el hechizo invencible de que se hallaba como rodeado paraliza su mano.

— ¡Señor, no puedo! dice la voz de su corazon al mismo tiempo que sus ojos se alzaban al cielo pidiendo gracia por su generosa flaqueza.

Y un instante despues tomando sobre la mesa la parte de pastel que se reserva para el mismo Dios, siguiendo una piadosa costumbre, se la entregó á Margarita que continuaba arrodillada, diciéndola:

— ¡Da eso á tu madre!

Los convidados que habian observado enternecidos la accion del viejo labrador, acercaron sus sillas para dejar puesto á la culpable perdonada y á su hija; pero Ana Friedelf no se levantó hasta despues que hubo recibido el pan de la reconciliacion; y era porque no habia llegado aquella noche solo para sufrir una penitencia, sino para implorar una gracia.

— Acercaos, la decian todos los ojos.

— Ven, hija mia, repitió Andrés Friedelf.

— Ven pues, madre mia, añadió la criatura tratando de arrastrarla hácia la mesa de familia.

La jóven resistió á todas estas instancias tan suaves y poderosas. Su actitud anunciaba que queria hablar, pero su voz quebrantada por la sorpresa y por la emocion que la causaba la indulgencia paterna, se mostraba rebelde á proferir las primeras palabras de la súplica que en el camino habia meditado.

Por fin, dominando su emocion se expresó en estos términos:

— ¡Oh! padre mio, ¡oh! amigos míos, os juro que un rey en todo el esplendor de su gloria no me habria hecho olvidar los sabios consejos y el piadoso ejemplo de mi santa madre Gunilda Friedelf. Un rey proscrito y que no tenia un pedazo de pan que llevarse á la boca me dijo: « Sé mi compañera, » y yo le seguí para dulcificar la amargura de su corazon, y para hacerle menos pesada su miseria compartiéndola con él. Mi conducta fué bien culpable; olvidé que el afecto á la desgracia se convierte en crimen cuando es contrario á la obediencia filial. Hoy he recibido vuestro perdon, gracias os sean dadas en nombre de mi hija; pero á mis ojos ese perdon no puede absolverse, pues mi madre ya no está aquí para santificarle con su bendicion, y yo tengo la culpa. Sin embargo, por indigna que sea de vuestra conmiseracion, yo que deberia sufrir callando el peso de vuestra justicia, me atrevo á dirigiros una súplica. Hace ocho años que vuestro rey Cristian II se halla preso en la fortaleza de Sunderborg; y ese mismo tiempo hace que habito yo en la isla de Alzen, donde no tengo cada dia mas que el triste placer de enseñar á mi hija los gruesos muros del calabozo de su padre. Tres años han cumplido ya, que á mis ardientes ruegos el que reina actualmente en Dinamarca, ha permitido al único servidor fiel que le quedaba al rey que fuera partícipe del cautiverio de su soberano; pero hace un mes que el pobre Tibern ha muerto á la vista del príncipe cautivo, y de nuevo se ha encontrado este sumergido en el aislamiento que le mata. En vano he buscado en la isla un hombre que consintiera en reemplazar á Tibern; todos han respondido á mis instancias con insultos, pues el pueblo engañado aplaude el martirio del príncipe que queria ser su libertador. Sin embargo, los ultrajes no me han cansado; abrigo la firme conviccion de que existe en alguna parte un buen corazon dispuesto á continuar la tarea del fiel difunto; pero para hallar á ese buen corazon, sin duda tendré que correr mucho y temo para esa criatura los peligros de los viajes. Por esta razon, yo, hija indigna, pero buena madre y vassalla fiel, me atrevo á pedir para la hija de Cristian II el puesto que Ana Friedelf no tiene ya derecho para ocupar en esta casa. ¿Aceptais el depósito que os confío?

— Le acepto, exclamó el anciano, extendiendo la mano sobre Margarita en señal de proteccion.

— La amaremos, repitieron todos los demás.

Al oír esto la madre se levantó y fué á estrechar en sus brazos á su hija que decia llorando:

— No quiero separarme de tí.

Pero el padre se acercó, tomó á la niña en sus brazos y la mantuvo con la cabeza apoyada sobre su seno para que no viese partir á su madre.

En breve Ana Friedelf lejos ya de la casa paterna llegaba otra vez á través de las nieves al camino de Tondern.

II.

No se habia engañado en sus predicciones la madre de Margarita; su viaje fué largo y penoso.

Sin embargo, un dia la barca que iba de Gravenstein á Sunderborg, trajo entre sus pasajeros á una mujer medio muerta de fatiga, y á un viejo soldado que se llamaba Esgill.

Esta mujer era Ana Friedelf, sostenida por su valor mientras duró su laboriosa tarea de buscar un compañero para el preso, pero aniquilada por una fiebre devoradora desde el dia en que por fin oyó una voz que la respondió:

— Si buscais un servidor para nuestro rey cautivo, no teneis que andar mas, yo me comprometo á seguirlos.

Esgill se contaba en el número de aquellos valerosos noruegos que aun estaban alerta cerca de Cristian, cuando lo restante de su ejército iba á pedir pan á los daneses sublevados, en cambio de sus armas.

Bien segura de poder dar al regio cautivo de Sunderborg un corazon digno de comprender la majestad de la desgracia, la animosa mujer no tenia mas que una inquietud hija del temor de llegar demasiado tarde, pues sabia muy bien que la soledad era una carga muy pesada para Cristian; ningun sufrimiento habria podido vencerle, y el enojo debia acabar con él.

Cuando la hija del labrador y el viejo soldado noruego llegaron junto á la fortaleza, el rumor siniestro del próximo fin del rey circulaba por la isla.

Al punto Ana Friedelf dió parte al gobernador de que existia aun en los tres reinos un hombre bastante adicto al príncipe derrocado para vivir y morir con él en su duro encierro. Solo con la condicion de morir allí se permitia el acceso. El servidor no debia conocer las entradas y los caminos, y jamás debia contar exteriormente los cerrojos que tenia la puerta de la negra estancia del rey.

Antes de admitirle en presencia del preso, Esgill fué conducido ante la tropa reunida fuera de los muros al pié del torreón principal, y allí le leyeron la sentencia que de antemano le condenaba si trataba de reconquistar su libertad mientras el rey no hubiese muerto.

Le anunciaron solemnemente que su nombre quedaba rayado de la lista de los vivos, y que iba á caer sobre él la losa del sepulcro.

Esgill respondió:

— Consiento.

Mientras tenia lugar esta escena al pié del torreón, á larga distancia, aunque en la primera fila de la muchedumbre que habia acudido de todos los puntos de la isla para ver una vez al menos al hombre que queria enterrarse vivo de aquella manera, una mujer observaba con ansiedad todos los pormenores de esta lúgubre introduccion en la fortaleza, y á cada instante temia que el viejo soldado retrocediera ante su sublime sacrificio.

Pero, gracias á Dios, Esgill se habia mantenido firme.

Entonces de lo alto de las almenas se vió bajar el inmenso cesto de junco colgado de la cuerda de cáñamo que mostraba por lo muy larga que era cuán alta estaba la habitacion del preso.

El temblor febril que se habia apoderado de Ana Friedelf se hizo tan violento, que apenas bastaba para sostenerla el baston de madera blanca en que se apoyaba y que la habia servido mucho durante su viaje.

Cuando el cesto llegó á la tierra, el viejo noruego fué á colocarse en él, y con un ademán se despidió de aquella mujer que le reunia con el rey, á quien tan valerosamente habia servido. Con voz firme dió él mismo la orden de que subieran el cesto; pero la cuerda no se movía aun, porque la fúnebre ceremonia no estaba completamente terminada.

— ¿Porqué esta tardanza? preguntó Esgill.

— Aun no se han recitado las oraciones de los difuntos, respondió el oficial á quien se dirigía.

Apenas este último habia acabado de hablar, cuando la triple hilera de soldados abrió calle á un sacerdote que traía los santos óleos á Esgill, y venía á recitar á su lado y por él el oficio de los muertos.

El soldado que no se habria movido aun cuando todas las armas que relucian á sus ojos le hubiesen apuntado, palideció y tembló ante el ministro del Señor que se adelantaba para decir por él que estaba en vida lo que solo se dice á los que ya no pueden oírlo.

Avergonzado de su cobardía, pero sin fuerzas para sobrellevar hasta el fin toda esta prueba, Esgill con una mano apartó al sacerdote, con la otra ocultó su frente, y con paso vacilante se alejó de la torre repitiendo:

— ¡No! ¡no! ¡yo no quiero morir todavía!

Un religioso silencio de admiracion habia acogido al generoso compañero del preso, y un grito de indignacion se oyó por todas partes cuando vieron á Esgill que trataba de escabullirse entre la muchedumbre; los silbidos fueron generales, bien que en aquella asamblea no debia encontrarse una persona que en su lugar hubiese tenido mas valor que él.

No hay duda que esto era verdad respecto de los habitantes de la isla; pero no todos los que estaban allí

perteneían al distrito de Alzen; y así se vió que en el momento en que la cuerda se meneaba y el cesto comenzaba á subir, un hombre, otro anciano, se dirigió muy resuelto al sacerdote y le dijo:

— Yo no temo ni la cárcel ni la muerte; llenad vuestro santo ministerio, que yo rezaré con vos.

Y rezó efectivamente, se colocó en el cesto, y este no se volvió vacío á la celdilla de Cristian.

En la noche que siguió á este suceso, una mujer que se habia caído desmayada en el momento en que Esgill se fugó, volvió en sí, y con sorpresa se halló en la casita que ocupaba en otro tiempo á corta distancia del castillo de Sunderborg. Su asombro creció de punto cuando reconoció velando á su cabecera á una niña que habia llevado bacia seis meses muy lejos de allí, á la casita rústica de su padre Andrés Friedelf. Ana creyó que la desgracia la habia vuelto loca, pues al despertar de su letargo se acordó de la cobardía del soldado noruego; pero la niña que adivinaba su pensamiento, la explicó el misterio de este modo:

— Viendo que no volvías, mi querida madre, hemos venido á esperarte aquí hace ya quince dias; el abuelo estaba á tu lado cuando caíste al suelo como muerta. Sabia muy bien que tu dolor procedía de que el rey se iba á quedar quizá por largo tiempo sin tener un hombre que le sirviera y le compadeciera, y entonces exclamó: « Tu corazon no sera engañado, hija mia. » Y luego, viendo que tú no podias oírle, pero juzgando tambien que pronto recobrarías tus sentidos, se dirigió á los que nos rodeaban, añadiendo: « Yo soy Andrés Friedelf, el labrador de Tondern de los Bosques; buenas gentes, os recomiendo mi hija y mi nieta; decidlas que se consuelen, que Cristian tiene desde ahora un buen compañero. » Y despues, madre mia, tomó el puesto del que acababa de huir, y en tanto que el cesto fué subiéndose, yo no cesé de gritarle ¡Adios!

Ana Friedelf no queria creer las palabras de su hija.

— ¡Andrés Friedelf, murmuraba, sacrificarse así por el rey cuando tantas veces ha debido maldecirle! ¿cómo es posible, Margarita?

La niña respondió:

— He pasado seis meses en la casita rústica, y en ese tiempo, madre mia, les he enseñado á venerar al que tú me has enseñado á querer desde mi nacimiento.

III.

Cinco años despues y tambien en la mitad del invierno hubo que repetir la piadosa peregrinacion. De nuevo el regio cautivo habia cerrado los ojos de un generoso compañero. El mismo dia en que el cesto habia vuelto á bajar para dejar en tierra el cuerpo de Andrés el labrador, á fin de que le hiciesen las honras fúnebres públicamente, Ana Friedelf y su hija despues que acompañaron los restos mortales hasta la sepultura, se pusieron otra vez en camino, animadas por el mismo dolor en que estaban sumergidas.

Antes de encontrar al hombre que buscaban, caminaron muchas semanas y padecieron mucho, tanto por el cansancio y el hambre, como por las injurias del tiempo y de los hombres. Muchas puertas que se abrieron para darlas asilo, se volvieron á cerrar cruelmente delante de ellas en cuanto la una ó la otra de las viajeras se puso á explicar quénes eran y el objeto de su viaje. Entonces, la ciega preocupacion popular que fomentaba la política del nuevo reinado, habia consagrado á la execracion el nombre de Cristian II, y bastaba que una de aquellas dos mujeres tuviese sangre de aquel rey en las venas, y que la otra le hubiese conservado su amor, para que las dos infelices fuesen envueltas en el horror que inspiraba el tirano destronado. A su nombre, toda conmiseracion cesaba, y su dolor parecia justicia.

— ¡Fuera de aquí! las gritaban.

Y por todas partes el sarcasmo, y á veces las amenazas, las obligaban á proseguir su camino cuando sus piés no podian dar un paso, cuando la necesidad las aniquilaba.

Mas de una vez Ana Friedelf cuyas fuerzas maternales estaban agotadas, habia dicho á su hija:

— Nuestra desgracia se me hace doble por tí, hija mia; déjame buscar sola lo que no encontramos las dos; tendré mas valor cuando no te vea padecer como te estoy viendo.

Pero Margarita habia jurado no abandonar á su madre, y para engañar su tierna solicitud se componia un rostro risueño y trataba de andar con paso seguro; ¡hasta olvidaba el hambre!

Un dia, sin embargo, una puerta que como las otras se habia abierto de repente á su voz, no se cerró cuando hubieron hablado; mas aun, el amo de la casa, en lugar de contestar con un insulto á su súplica, las dijo:

— Bien venidas seáis, viajeras, entrad.

Y tomaron asiento á la lumbre y á la mesa de aquel hombre.

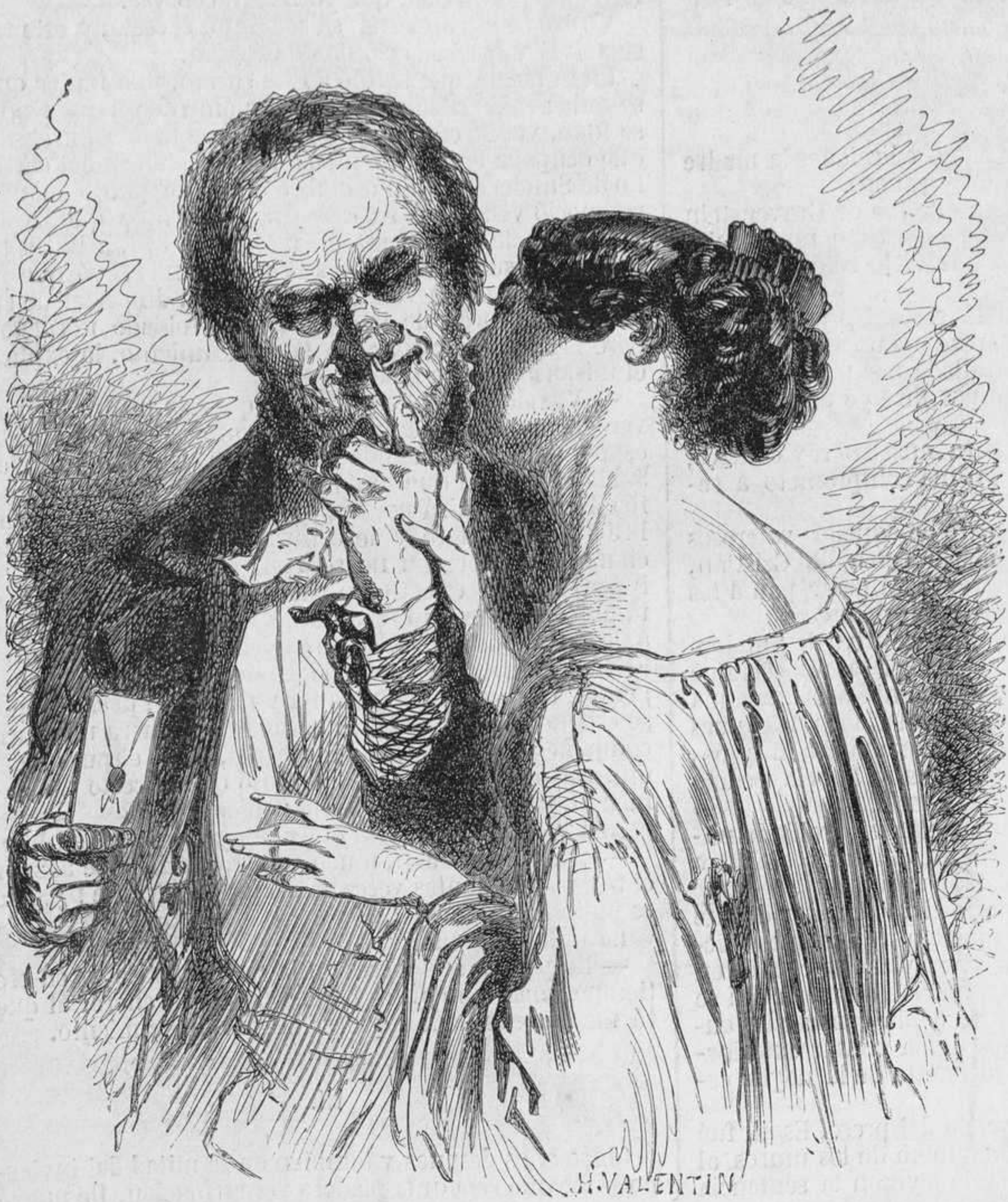
Despues, cuando Ana Friedelf le dió á conocer el piadoso motivo que las habia llevado tan lejos de su domicilio, él respondió diciendo:

— Soy el hombre que buscais, y dentro de un mes, contado desde ahora mismo, os seguiré á Sunderborg, si en ese tiempo me haceis los servicios que os tengo que pedir.

La madre vaciló, pues habia en el semblante de aquel hombre una expresion cautelosa que no la infundia ninguna confianza.

Margarita no le miraba el rostro; oyó la promesa, y esto bastó para que se comprometiera á todo,

VOCABULARIO POLITICO. — ESTUDIOS POR VALENTIN.



EL DERECHO DE VISITA



NEGOCIOS EXTRANJEROS



ESTADO DE PAZ.



EMBAJADA EXTRAORDINARIA.

VOCABULARIO POLITICO. — ESTUDIOS POR VALENTIN.



LA PAZ Á TODA COSTA.



ACUERDO CORDIAL.



CONSPIRACION.



LEY PENAL.

— Pero ¿qué es lo que exigís? preguntó Ana Friedelf cuando hubo hablado su hija.

— Mañana lo sabreis, respondió el hombre, hoy es tarde y necesitáis descansar.

Y echó unas hojas secas en un rincón del aposento.

— Ahí teneis vuestra cama, exclamó.

Y despues de salir y cerrar la puerta se fué á acostar al piso de encima.

Al amanecer del día siguiente, á pesar de tantas fatigas, ya no dormían las dos mujeres. El hombre se presentó y las habló de esta manera:

— Sobre este cuarto cae el de mi anciana madre. La pobre mujer no tendría que quejarse de la suerte si Dios la devolviera la vista, pues somos tres hermanos que trabajamos para ella. Dos de sus hijos la bastarian, y por esta razón yo me hallaria dispuesto á acompañar al rey Cristian en su retiro; la muerte de los que me han precedido allí no me da miedo, he pasado quince años prisionero de guerra, y sé lo que es vivir entre cuatro paredes bajo la guarda de sólidos cerrojos. Pero ya os he dicho que para que os siga á Sunderborg, es preciso que paseis aquí todo un mes, pues un mes bastará para que mi madre recobre la vista si se baña diariamente los ojos en el agua milagrosa que fabrica un digno pastor cuya habitacion se encuentra á ocho millas de este sitio. No nos queda una gota de ella, y yo apenas puedo andar desde que una bala sueca me pegó en la rodilla; por consiguiente, será menester que la una ó la otra de vosotras vaya á buscar al pastor y le pida una botella de su agua, y este es el primer servicio que tengo que pedirós; entre ida y vuelta son diez y seis millas ¿estais dispuestas á emprender el viaje?

— Ahora mismo, y las dos juntas, respondieron la madre y la hija.

El hombre las indicó el camino que debían seguir, con todos los peligros y los obstáculos que habían de hallar, y las dos mujeres partieron, Ana con su palo blanco, y Margarita con la botella que debía contener el agua del pastor.

Era muy de mañana cuando salieron de la casa, y corrían ya las primeras horas de la noche cuando volvieron á ella.

— ¡Está muy lejos! exclamó Ana Friedelf cayendo rendida sobre un asiento.

— Sí, un poco lejos está, repuso Margarita; así el pastor cuando supo lo que habíamos andado nos dió una botella mas grande.

El hombre tomó esta botella y se apresuró á llevarse-la á su madre, despues de haber dicho á las dos mujeres:

— Cenad y dormid, que bien habeis ganado la comida y el sueño.

A la otra mañana y á la misma hora que el día anterior, el hombre bajó á verlas y esta vez debió desper-tarlas.

— Levantaos, las dijo, ahora sabeis por experiencia cuánto dista la casa del pastor de la mía; y si quereis volver hoy, tiempo es ya de ponerlos en camino.

Y les mostró la botella que estaba vacía.

— Pero el pastor me habia asegurado que me daba al menos para una semana, repuso Margarita.

— Así seria queriendo ahorrar el agua y por consiguiente retrasando la cura; yo no saldre de aquí en tanto que mi madre no haya podido decirme: «Te veo,» de modo que á vosotras os toca resolver si quereis estar en mi casa un mes ó un año.

— ¡Un año! exclamó Ana Friedelf; en un año el rey Cristian habrá dejado de existir y ya no necesitará compañero; la soledad le matará mucho antes de un año.

— Entonces resignaos á volver á casa del pastor.

— Yo iré todos los días, repuso Margarita.

— Sí, todos los días, repuso su madre.

Sin embargo, á los tres días Ana Friedelf se quedó á la mitad del camino porque no podia mas, á esperar á su hija; el día siguiente no pudo andar tanto, y á la otra semana debió permitir que fuese sola la valerosa Margarita.

El mes de prueba tocaba á su término, y el hombre de la casa anunció á las viajeras que su madre, en cuyo cuarto á nadie dejaba penetrar, y queno habían ido á visitar sus dos hermanos, comenzaba por fin á recobrar la vista. Ana apresuraba la marcha, pues deseaba á un tiempo que cesaran las penalidades de su hija y que el rey tuviese un compañero.

— Partiremos mañana, dijo un día el que queria reemplazar al servidor Tibern y al labrador Andrés. Mañana me despido de la libertad y os pertenezco; con este motivo reuno hoy en mi casa á varios amigos y á mis dos hermanos, á fin de celebrar en comun la convalecencia de nuestra madre, á quien no volveré á ver nunca.

En efecto, llegaron los amigos y los hermanos y se sentaron á la mesa: Ana y su hija iban á tomar asiento con los demás, cuando el amo mostrándoles la puerta exclamó:

— ¡Fuera de aquí, locas y pordioseras! No hay puest para vosotras en mi casa.

Y luego dirigiéndose á las dos mujeres estupefactas, así como á los convidados, no menos sorprendidos, añadió interrumpiendo con risotadas su discurso:

— Pronto hará diez y ocho años que el rey Cristian me dió de bofetadas y me arrancó mis galones de sargento llamándome cobarde delante de la tropa reunida. Cuando estas dos criaturas vinieron á pedirme que fuera participe de su encierro, estuve á punto de aceptar inmediatamente, pero habria sido para hacerle su cárcel tan dura, que ya no habria pedido mas compañeros

que un sacerdote para confesarle y dos hombres para clavarle en el féretro. No obstante, cambié de parecer, pensando que no habia sufrido bastante todavía, y entonces imaginé decir á estas buscadoras de presos, que habia aquí una madre ciega y que necesitaba el agua del pastor de Lysgard para sanarla. En justicia debo decir que han andado valerosamente por darme gusto, la jóven mas que la otra; y si durante diez y ocho años he debido guardar rencor á Cristian II, me he desquitado con usura; mi venganza ejercida contra su hija y la mujer que él ama, aunque tardía, ha sido buena.

Y despues de este horrible discurso, se adelantó de nuevo hácia las dos mujeres y repitió:

— ¡Fuera de aquí!

La indignacion sofocaba á Ana Friedelf, y la desesperacion encadenaba su lengua.

Margarita arrojó al miserable una mirada de dolor y de desprecio, y dijo llevándose á su madre:

— ¡Os compadezco, porque Dios os ha maldecido!

Andaban de nuevo hacia algunos minutos sin preguntarse qué camino debían tomar, sin hablarse y casi sin mirarse, cuando uno que corría detrás de ellas las alcanzó y las detuvo.

Era el mas jóven de los convidados de aquel hombre malvado.

— Mi hermano es un miserable, exclamó; no recuerda que en nuestra familia todo compromiso es sagrado, y yo vengo á cumplir la promesa que él os ha hecho. No en vano Margarita se habia sacrificado.

Cuando en 1542 el rey de Suecia y de Noruega dió á Cristian por nueva cárcel el castillo de Kallundborg, con derecho de caza en toda la extension del distrito, Ivon Sueren, el hermano del hombre pérfido, era todavía el fiel compañero del rey cautivo.

Un pescador de la costa á quien sus vecinos llamaban loco y que no era mas que poeta, ha puesto en verso la historia de la peregrinacion de Ana y Margarita. En Alzen se canta todavía esta historia en las veladas cuando las mujeres están hilando, con la música de aquel tiempo.

En la última copilla se dice, que « cuando al cabo de tantas penas, vino á morir el rey Cristian, Ivon no se vió libre de cadenas, pues llevó las de Margarita. »

M. M.

Aguja de navegar doncellas.

INSTRUCCIONES DE UNA DUEÑA PARA EL CAUTIVERIO MASCULINO.

(Del libro inédito *Cuentos de la Villa.*)

Una dueña quintañona
Vuelta al mundo á ser tercera,
Copia el alma de su saya
En los pliegos y en lo negra,

A una novicia en la córte
Con repulgos de doncella
Escribió noches pasadas
Esta epístola-advertencia:

« A la Villa te han traído
Tu mocedad y tu hacienda;
Para salvar la segunda
Grande escollo es la primera.

Tu brújula, red ó anzuelo
Mi carta en la córte sea,
Que es mar donde los pescados
Suelen ser los que no pescan.

Como eres rica y hermosa,
Tendrás novios á docenas:
Pesa el amor del que eligas,
O haz que le examinen suegras.

Si preudas de amor te manda,
Debes celebrar sus prendas;
Mas si pide, no te prendes;
Guarda, que quien guarda encuentra.

Si con ramos te cautiva,
O músicas te desvelan,
Irás por las ramas siempre,
Mas que obsequiada, despierta.

No son dádivas las notas,
Porque el viento se las lleva;
Y es jardinero, no amante,
Galan que en flores se emplea.

No le busques caviloso,
Fabricante de sospechas,
Que vaya siempre á tu lado
Mas que novio, penitencia.

No permitas que haga el oso,
Ni que te enamore en décimas;
Que telégrafos y coplas
Divierten, mas no aprovechan.

No desdeñes por escrúpulos
Mayorazgo calavera;
Que si él fuere á picos pardos,
Tú te irás por donde quieras.

Del talle no te enamores,
Aunque ande con gentileza;
Que no han de ganarse andando
Corazones, como leguas.

Buena cara sin dinero,
Mas será cara que buena;
Que es mas cara la hermosura
Donde es rostro la pobreza.

Si es rico, aunque sea cojo,
No te importe, y sé discreta;
Que siempre es bueno en los hombres
Saber del pié que cojean.

Al tuerto no le desahucies
Por melindres de belleza;
Que si el *no-vió* ha de ser ciego,
Sobra el ojo que le queda.

Tampoco el ser chico es falta;
Que un pedestal de talegas
Levantar hace á un enano
Sobre todas su cabeza.

Solo debes, siendo vizco,
Ver torcidas sus ofertas;
Porque nunca de sus ojos
Podrás saber lo que piensa.

Y en amor has de ver claro;
Que por algo los poetas
Pintan vendado á Cupido
Y á Vénus libre y sin venda.»

Estos consejos te mando;
Si sabes tomarlos cuerda,
Tendrás mas horas felices
Que manchas yo en la conciencia.

Y es fama que la novicia
Los tomó de tal manera,
Que hay quien duda si en su cuerpo
Vive el alma de la dueña.

JUAN A. VIEDMA.

A monseñor Miecislao

CONDE LEDOCHOWSKI, ARZOBISPO DE TEBAS.

Permite que tambien mi humilde mano
Una sencilla flor tímida añada
A la corona con que ornó tu frente
Un tiempo la católica Granada.
¡Gloria y honor de la polaca gente!
Aunque tu noble pecho
Jamás miré, ni de tu voz sonora
El eco nunca resonó en mi oído,
La fama voladora
Tus claros hechos al rincón oscuro
En que yazgo, ha traído.
Mil veces pronunció tu augusto nombre
La juventud brillante que á tu puro
Celo y noble fervor debe la dicha
De hollar de Roma el venerando polvo:
Mil veces tus loores
Escuché entusiasmado de su labio
Y te admiré sin conocerte ¡oh sabio
Legado del Pastor de los pastores!
Y ardiente en mi alma se encendió el deseo
De contemplar tu faz; y al fin cumplido
Este día faustísimo lo veo.
De episcopales ropas revestido
A mi ansiosa vista te presentas:
Sobre tu pecho ostentas
La cruz que tanto tu virtud merece,
Y el pastoral anillo
En tu dedo fulgente resplandece.
Al mirarte do quier vivas sin cuento
Y aplausos mil y mil llenan el viento;
Y de Polonia el pueblo y el romano
Y de América el hijo
Llenos de regocijo
Te proclamaron pontífice Tebano.

Solo en medio del público alborozo
De cuando en cuando los oídos hiere
Prolongado sollozo.

Es la jóven Granada: entre cadenas
Yace allende los mares recostada
Sobre las duras peñas de los Andes.
La túnica preciosa, en que las plumas
Primitivas trocara, desgarrada
Sus heridas hondísimas descubre.

Baña copioso llanto
Su dolorida faz; que ni procura
La infelice enjugar; en su amargura
Vuelve al inmenso mar los tristes ojos,
Y con acento lánguido te llama
¡Oh Tebano Pastor! y ¡Padre! clama;
¡Padre! repite, y sin hallar consuelo
La cansada cabeza
Deja caer sobre el mojado suelo.

¡Desventurada! sus amargos ayes
No te es dado escuchar: á otras regiones
Te aprestas á llevar las bendiciones
De que benigno la colmaste un día.
Ya la piadosa Bélgica los brazos
Te abre llena de amor; ya de tu nave
Las extendidas lonas
Hincha apacible céfiro suave:
Ya de Cristo el santísimo vicario
El ósculo de paz en tu alba frente
Imprime, y en tu diestra dulcemente
El ramo pone de sagrada oliva
Que has de llevar al belga hospitalario.

Vé: vuela do te llama
Tu sublime mision Veloz la fama
Con sus trompas sin cuento te preceda:
Te acompañe la paz, y la fortuna
Haga parar su no cansada rueda.
De aureola brillante
Tu majestuosa sien la Gloria ciña;
Y cuando á Roma torneos triunfante
Tu sacra veste en púrpura se tiña.

IGNACIO MONTES DE OCA.

Roma 28 de noviembre de 1861.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

SITUACION ACTUAL DE LAS MINAS DE ORO DE LA CALIFORNIA:
— En 1849 y en los siguientes años no se hablaba mas que de la California, esa tierra de promision del nuevo mundo, y es porque entonces ofrecia riquezas fáciles de conquistar. El oro se hallaba, segun decian, en la superficie de la tierra, y en poco tiempo la noticia recorrió la Europa.

Se organizaron muchas emigraciones, y por do quiera el entusiasmo llegó al colmo. Hoy este famoso pais se halla abandonado, y este cambio de la opinion pública tiene tambien sus motivos. Si algunos individuos se han hecho ricos allí, ¡cuántos no han vuelto mas pobres, y cuántos no han perecido! Y sin embargo, aun existen inmensas cantidades de oro sepultadas en aquella tierra; pero el laboreo para ser lucrativo exige hoy capitales considerables.

Es seguro que los primeros mineros recogieron mucho oro en los años 1849 y 1850 en la superficie del terreno ó á profundidades insignificantes; pero poco á poco costó mas trabajo hallarlo; las arenas auríferas no ofrecian mas que pepitas de dimensiones muy pequeñas, y aun las mas veces solo hallaban granitos ó polvo muy fino. El lavado de las arenas exigia pues mas tiempo, mas cuidados ó aparatos especiales que era difícil proporcionarse.

Aproximadamente se calcula que el terreno explotable hoy en la California abraza una extension de mas de 1,900 leguas superficiales.

El pais situado al Este ha sido el foco de las primeras explotaciones; las arenas contienen mucho oro todavia, pero exigen lavados minuciosos, y así los mineros aislados y las pequeñas compañías le han abandonado generalmente para inclinarse hácia el centro donde el oro se encuentra á una profundidad que varia de 2 á 12 metros. En fin, el valle ofreceria una rica explotacion si no faltase el agua. La capa aurífera se halla á menos de tres metros; es un terreno de aluvion que proporciona ricos beneficios á las sociedades que tienen bastante capital para emprender la construccion de canales ó pozos artesianos, destinados á facilitar el lavado.

Sabido es que el oro se halla casi siempre en el estado nativo en las arenas cuarzosas sueltas que provienen de la destruccion de rocas cristalizadas análogas á las del pais. Estas arenas forman aluviones considerables, y se encuentran ordinariamente en los valles abiertos en medio de las montañas primitivas. El oro está tambien en las arenas arrastradas por las corrientes de agua que salen de los terrenos primitivos.

Muchos rios en la California contienen bastante oro para que las compañías emprendan la obra de desviar sus aguas cuando están bajas. Se hace un desvío provisional, se agota el cauce, y el casquijo recogido preciosamente es sometido al lavado.

Algunas sociedades han puesto en vigor hace tres ó cuatro años el laboreo de las minas de oro por via subterránea. A pesar de los enormes gastos de mano de obra y de material, se pueden realizar grandes beneficios, si se dirigen bien las excavaciones. De este modo se ha descubierto la presencia de aluviones auríferos encajonados entre rocas duras sobre el flanco de las montañas, habiéndose hallado tambien guijarros redondos y maderas medio petrificadas. De aqui ha nacido la hipótesis de que en cierta época esos depósitos formaban el cauce de alguna corriente de agua que mas tarde fué cegada por las rocas en un cataclismo universal.

En un artículo de M. Grellet *Journal des mines*, 1861, hemos leído la explicacion de otro sistema de laboreo usado en la California y que merece llamar la atencion. Consiste en mi-

nar por la base, mediante un caño de agua muy fuerte y continuo, la cuesta metalífera que en breve se hunde desahaciéndose.

« Este género de laboreo, dice M. Grellet, es sumamente peligroso; no pasa semana sin que los periódicos cuenten hundimientos de mineros; pero estas desgracias en nada disminuyen el encarnizado ardor de los que sobreviven. »

De aqui se deduce que los trabajos continúan siendo activos en la California; pero hay que tener entendido que para alcanzar prontamente fructuosos resultados, es preciso disponer de grandes capitales á fin de cubrir los gastos de un laboreo organizado en grande escala.

— **MEMORIAS ACADÉMICAS:** — M. Pelouze ha presentado á la Academia de ciencias de Paris su dictámen, despues de analizar profundamente la Memoria de M. Gerardin, profesor del colegio de Stanislas, sobre la accion de la pila en las sales de potasa y de sosa, y en las aleaciones sujetas á la fusion ígnea. Este trabajo, que parece ser notable, lo ha llevado á cabo su autor en el castillo de Dampierre, en el laboratorio del duque de Luynes. Se funda principalmente M. Gerardin al presentar su Memoria en la série de experiencias que ha practicado sobre la electrolizacion de las sales y aleaciones sujetas á la fusion ígnea.

— En la Memoria de M. Babinet, referente á las investigaciones sobre la refraccion atmosférica, y en la que se trata entre otras cosas de la determinacion de las alturas por el barómetro, se modifica la teoria de Laplace en lo concerniente al descenso de la temperatura á medida que se asciende sobre la superficie de la tierra, llegando á una fórmula bastante sencilla, que da para las grandes elevaciones alturas algo mas considerables que las deducidas de la fórmula de Laplace, en la cual se hace entrar el coeficiente que resulta de las ascensiones de Ramond en los Pirineos.

— **EL PIRONOMA:** — Se habla mucho de un nuevo producto aplicable al laboreo de las minas y canteras, y del cual creemos deber dar cuenta, en razon de la economía que presenta, pudiendo sustituir á la pólvora de mina en la extraccion y voladura de las rocas. El señor Reynaud llama *pironoma* á la mezcla que ha inventado y aplicado en particular de un modo muy ventajoso en las canteras. El *pironoma*, comparado con la pólvora de cañon, pesa mucho menos y produce el mismo efecto; su precio es muy inferior al de la pólvora de mina, pero no puede ser empleado con buen éxito en las armas de fuego. Esta materia se compone de 52,5 partes de nitrato de sosa, residuos de la corteza de roble que han servido para el curtido de las pieles 27,5 partes, y de azufre molido 20 partes.

— **INCOMBUSTIBILIDAD:** — Hace pocos dias se experimentó en Compiègne, en presencia de los emperadores, un nuevo sistema de incombustibilidad, inventado por el señor Buvert. Construyóse una cabaña cuya armazon era de hierro, y estaba cubierta de materias combustibles. A una señal dada por el emperador, se prendió fuego á la cabaña, y el inventor, provisto de su traje incomcombustible, penetró en la hoguera. Este traje es doble. El primero es impermeable; el segundo incomcombustible. Este último se compone de gran número de esponjas cosidas entre sí. La cabeza se cubre con un casco de hierro en el cual hay un depósito de aire. El casco, como el vestido, está cubierto de esponjas: tiene dos agujeros con cristales que permiten al inventor dirigirse á donde quiere. El señor Buvert entró y salió repetidas veces en la hoguera con el éxito mas completo. La emperatriz, en extremo impresionada, le gritó varias veces: « ¡Basta! ¡Basta! »

— **LAS MINAS DE CARBON EN INGLATERRA:** — Las minas de carbon de piedra existentes actualmente en la Gran Bretaña, ascienden á 2,654. De estas corresponden á Inglaterra 1,943, al pais de Gales 235, á Escocia 405 y á Irlanda 71. El carbon que producen estas minas sube á mas de 65 millones de toneladas, ó lo que es lo mismo, á 1,430 millones de quintales. Esta inmensa cantidad de carbon se calcula que vale en la boca de la mina 16.700,000 libras esterlinas (1,586 millones de reales) y vendidas á domicilio 1,900 millones de reales. Además de esta suma hay que estimar el valor del hierro que se extrae anualmente de los carbonos y que sube á 14 millones de libras esterlinas, valor calculado al pié de los hornos. El capital empleado en esta industria se acerca á 14 millones y medio de libras esterlinas, ó sean 1.377 millones de reales. En el dia son 500 000 las personas empleadas en la explotacion de las hulleras de la Gran Bretaña.

— **NUEVO PAPEL:** — Un inglés que habita en la isla de Wight, donde crece en abundancia el fuco ó la ova, intentó hacer papel con este vegetal, y segun dicen, el éxito ha coronado sus esfuerzos. Los diarios ingleses hacen mencion de este nuevo descubrimiento, y le tributan los mayores elogios. *El Builder* dice con este motivo: « Tenemos á la vista una muestra de este papel, y nos parece de una calidad excelente. ¿A cómo se venderá? Esto es lo que no puede decirse todavia: la primera materia solo cuesta el precio del transporte: estos gastos serán excesivos, tratándose de utilizar el vegetal como abono, pero de ningun modo como primera materia para un objeto industrial. »

— **CURIOSA ESTADÍSTICA:** — Es curiosa la siguiente estadística, tomada de un manuscrito que se conserva en la biblioteca de la Universidad de Santiago de Galicia. Desde el año de 1690 al de 1822, se acuñaron en España, en oro, sesenta millones, doscientos treinta y ocho mil ocho pesos fuertes. En plata, mil trescientos ochenta millones, doscientos cincuenta y cinco mil, setecientos sesenta y seis pesos fuertes, que forman un total de mil seiscientos cuarenta millones, cuatrocientos noventa y tres mil, setecientos setenta y cuatro pesos fuertes, ó sean treinta y dos mil ochocientos nueve millones, ochocientos setenta y cinco mil, cuatrocientos ochenta reales vellon, extraídos de Méjico.

— Un profesor de la universidad de Berlin ha hecho los si-

guientes cálculos respecto á la poblacion de nuestro planeta: Poblacion de Europa, 272 millones; de Asia, 720 millones; de América, 200 millones; de Africa, 89 millones; de Australia, 2 millones: total de la poblacion en el globo, 1,283 millones. Las defunciones en ciertos puntos donde hay registro civil ascienden por término medio á cerca de 1 por 40 individuos. En la actualidad el número anual de defunciones será cerca de 32 millones, ó sea mas del total de la poblacion actual de los Estados Unidos. Segun este resultado, el término medio de los muertos por dia asciende á cerca de 87,761; por hora, 3,653, y por minuto 61; por lo tanto, cada segundo termina una vida humana. Como el número de los nacimientos sobrepasa considerablemente al de las defunciones, nacen probablemente de 70 á 80 criaturas humanas por minuto.

— La estadística de la Iglesia católica en Austria es la siguiente: clero secular, 55,370 miembros con un patriarca, 4 primados, 11 arzobispos y 58 obispos; conventos de hombres 720, con 59 abades, 45 provinciales, 6,754 clérigos regulares, 645 clérigos, 240 novicios y 1,917 legos: jesuitas, 17 conventos de mujeres con 1,198 religiosas, de las cuales 85 conventos de hermanas de la Caridad con 104 religiosas. Las rentas de los beneficiados ascienden á 8.772,784 florines, y su capital á 99 748,186 idem. Los conventos tienen en rentas 4 258,147, y en capital 50.107,276; las iglesias en rentas ascienden á 6.083,291, y en capital 34.326,276; las escuelas en rentas 329,252, y en capital 838,566; los hospitales y hospicios en rentas 184,016, y en capital 152,223; los establecimientos de beneficencia en rentas 12,033; resultando un total de rentas de 19.639,713 florines, y un capital de 182 671,967, ó sean 29.459,569 reales en el primer caso, y 279.057,350 en el segundo.

— **ENVENENAMIENTO DEL GANADO:** — La *Revista agronómica de Nápoles* ha publicado un importantísimo artículo, en el que se hallan interesantísimas noticias relativas al envenenamiento del ganado por la ingestion de ciertas yerbas, figurando entre ellas la *arveja*, que segada en perfecta madurez y dada en semilla á los caballos por veinte ó treinta dias, les produce el envenenamiento; el *rododendro* verde le ocasiona en los becerros; la *adormidera blanca* en sus hojas y tallos; el *tejo* comiendo sus hojas los caballos; el *elébora blanco* aplicado en trociscos al tratamiento de una peripneumonia en las reses vacunas; el *enebro* por sus hojas en las cabras; la *amapola* produce casi la hidrofobia en los rumiantes; la *cicuta* masticada por las vacas, las envenena; la harina de *niquilla* perjudica á los caballos; el *ranunculo silvestre* verde envenena á las reses vacunas; el *hipericón*, mezclado en gran cantidad en el forraje, le ocasiona en los caballos; la *altea* comida en abundancia por las vacas, las daña tambien, y la *cerroja* produce malos efectos en los carneros.

— **ECONOMIA DOMESTICA.** — *Legía para limpiar los libros y estampas grabadas:* — Antes de limpiar un libro bueno para volverle su primer lustre y blancura, será útil hacer la prueba en uno que sea inferior y esté grasiento, sucio y ennegrecido.

Prepárese una legía con ceniza de sarmientos que no sea demasiado fuerte. Para ello póngase algo menos de una fanega de ceniza en cuatro cántaros de agua de rio, hágase hervir todo muchas horas para que se cargue el agua de las sales de las cenizas, déjese en reposo por espacio de siete ú ocho dias, y sáquese el líquido por decantacion. Con esta legía puede limpiarse toda clase de libros ó estampas, con tal que no estén escritos ó pintados con tintas engomadas.

Primero se quitan las cubiertas del libro y se coloca este entre dos cartones que se sujetan con un bramante bastante ligeramente para que penetre la legía dentro de los pliegos. En este estado se pone á hervir el libro por un cuarto de hora en la legía preparada, se saca en seguida, y quitándole el carton se pone en prensa y se comprime fuertemente para que suelte toda el agua de legía, que saldrá cargada de grasa. Déjese en la prensa por espacio de un cuarto de hora, y poniéndolo en seguida á hervir de nuevo en el agua de legía (cuidando de que no esté mas tiempo que la primera vez, pues podria alterar la impresion) se vuelve á poner en prensa para esprimir la legía sucia.

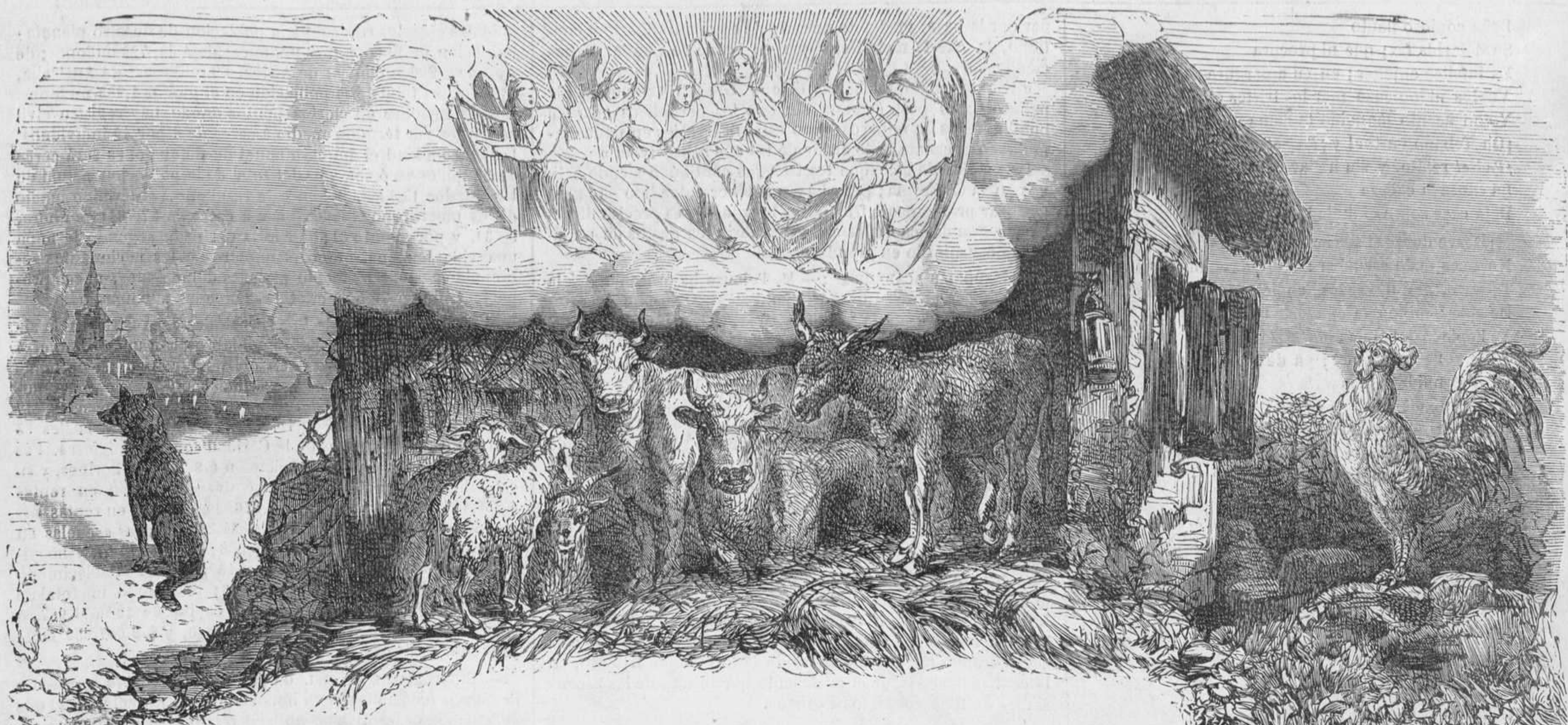
Cuando se ha sacado el libro aun caliente de esta segunda presion, se mete en un caldero lleno de agua de rio hirviendo, con lo que se acaba de limpiar perfectamente y de quitar toda la grasa y el mugre, sin que por ello sufra nada el papel ni la impresion. Si acaso quedaran algunas partes poco limpias, seria preciso comenzar de nuevo este mismo procedimiento.

Es de notar que con estas operaciones repetidas sueltan precisamente las legías una gran cantidad de la cola del papel, y por consiguiente teniendo poco cuerpo es fácil que se rasgue. Para remediar pues este inconveniente, métese el libro por dos veces en el agua de alumbre, pues podrá aun sufrir el escrito sin soltar la tinta; en seguida se expondrá á secar sobre dos bramantes, desparamando un poco los pliegos en un paraje no muy expuesto al aire ni al sol, pues debe secarse lentamente.

Pueden blanquearse las estampas siguiendo el mismo procedimiento, y para secarlas deben observarse las mismas precauciones, y colgarlas en unos bramantes sujetos por unas horquillas de madera, como lo practican los mercaderes de papel.

Modo de dar á la madera la apariencia de caoba: — Para dar á las maderas comunes un color hermoso de caoba, se escogen aquellas cuya textura y veta se le parecen mas, y que tienen una densidad y exactitud susceptibles de tomar un bello lustre.

Pásase primero por la superficie de estas maderas un agua fuerte ó ácido nítrico debilitado con una cantidad considerable de agua, por cuyo medio se las hace tomar ya un color rojizo. Despues se compone un barniz, haciendo disolver en una botella de espíritu de vino, una onza de sangre de drago y otra de carbonato de sosa; filtrado ya este líquido, se dan con él á la madera muchas manos hasta que adquiere el color de la caoba, y despues se lustra con un poco de aceite.



LA NAVIDAD.

Al nacimiento de Jesus.

— Decid, ¿cómo os puso amor
Entre mula y buey, Señor?

— Pecador, ¿qué me preguntas?
No es mucho nazca entre yuntas
Si he de ser el sembrador.

— ¿En qué tierras y en qué granos
Sembráis en la tierra vos?

— Siembro palabra de Dios
En corazones humanos.

— ¿Qué temeis, si en el portal
Angeles rondan el suelo?

— Otros me traerán del cielo
Copa de licor mortal.

Hoy ví la risa llorando
Y el gran tesoro en pobreza,
Temblando la fortaleza
Y la palabra callando.

De estas ovejas de acá
No cuide el lobo enemigo.

— Pues, Niño, ¿quién cuidará?
— Como ellas vengan conmigo
Mi Padre las guardará.

Hánse muchas despeñado
Por la ausencia del pastor.

— Decid por dónde, Señor.
— Por las peñas del pecado.

— ¿La ropa de un atrevido
Osan vestiros, mi Dios?
A fe que entiendo que vos
Andais por morir vestido.

El noble que disfrazado
Va con ropas de un traidor,
No tiene vida y honor
Seguros del agraviado.

Vistióse vuestra Deidad
La ropa de Adán infiel,
Y así morireis por él
Vestido de humanidad.

De madre salisteis, Dios,
Cual amigo de la vida,

Y como sois avenida
Todo os lo llevais tras vos.

¿Porqué entre nieve inhuman
Teneis, madre, al niño vos?

— Porque es cordero, y da Dios
Tanta nieve como lana.

— ¿A la inclemencia del cielo
Le tienen sin mas calor?

— Bástale el fuego de amor
Para tan acerbo hielo.

— El cordero sin segundo
¿No veis cuán desnudo está?

— Mas desnudo se verá
Cuando lo despoje el mundo.

— Para confirmar que es bueno
El pobre estado en su ley,
Un amante y dulce rey
Está durmiendo al sereno.

Puesto al sereno susp'ra
Rey de inmensa majestad,
Porque es la serenidad
Del diluvio de su ira.

Hijo de Dios poderoso
Naces en casa sin puertas,
Porque siempre están abiertas
Las del corazón piadoso.

Villancicos

PARA CANTAR LOS NIÑOS EN NOCHEBUENA.

Esta noche es Nochebuena
Y mañana Navidad,
Vengan á cantar los niños
Al que nace en el portal.

El es niño y pobre
Y llora también,
Cantad, y esos cantos
Consuelo le den.

Niño que esta noche nazca
Gran ventura ha de alcanzar;
María será su madre,
Y reyes le adorarán.

Lo mismo que adoran
Los Magos á Aquel
Que vieron pastores
Nacer en Belén.

Una estrella en su camino
A los tres Reyes guió:
Que no nos falte á nosotros
Su divino resplandor.

Que esa estrella pura
Se llama la fe,
Y alumbra la estrella
Del celeste eden.

De zambombas y rabeles
Suenen el eco en derredor,
Que esa música es la misma
Que el Niño Jesus oyó.

Música sublime
Que anuncia quizá
La que en las alturas
Hoy sonando está.

Muchas Nochebuenas pasen
Con sosiego y con placer,
Para los que hombres mañana
Aun eran niños ayer.

Y nunca nos falten
Al verlas pasar,
La dicha del alma,
La paz del hogar.

M. DEL P.



CH. VILLEMOT.